

TESOROS
REVISTA
CRISTIANOS

Recursos para la edificación del Cuerpo de Cristo

DISCIPLINAS ESPIRITUALES

OPINIÓN PORTADA

LA ORACIÓN

COMPLEMENTOS:

EDUQUE A LOS NIÑOS PARA CRISTO

Padres

SOLTERÍA: DIFICULTADES, PROPÓSITO Y VENTAJAS

Jóvenes

GEORGE MÜLLER

Biografía

EL PELIGRO DE LAS REDES SOCIALES

Actualidad

La **REVISTA TESOROS CRISTIANOS** es una publicación trimestral que tiene el objetivo de proporcionar material de edificación para el pueblo cristiano. Contiene artículos centrados en la Persona del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios.



© **EDICIONES TESOROS CRISTIANOS**

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia



Título: La Oración

Año 2 - Revista 7°

Marzo - Mayo del 2021

1ª. Edición

Todos los versículos usados son de la versión Reina Valera 1960 a menos que se indique lo contrario.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta edición puede ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier otro medio sin la previa autorización del ministerio de Tesoros Cristianos.

PRESENTACIÓN

Hay una mezcla de nostalgia, tristeza e impotencia cuando vemos la actual situación espiritual que vive la mayoría de los que profesan la fe cristiana. Comparando esto con la vida de aquellos grandes hombres y mujeres de Dios en las Sagradas Escrituras, y con aquellos que fueron grandes luminares en los anales de la historia de la Iglesia, hay un abismo entre lo que ellos fueron y lo que somos ahora. Parece ser que todo lo verdadero, puro y santo fue dejado atrás, y la Iglesia cristiana corre alocadamente tras la miseria de un Evangelio que sólo promete éxito, prosperidad, fama, riquezas y deleite terrenal. Los cristianos piadosos y consagrados son reliquias del pasado, enterrados en el cementerio del olvido. Y los cristianos mundanos, tibios y superficiales han llegado a abundar tanto, que el mismo liderazgo cristiano se encuentra saturado con estos “engendros espirituales”.

¡Qué peligroso tiempo como el nuestro cuando escasean las buenas referencias y abundan los malos ejemplos! ¡Hay una apología a la impiedad, y se ridiculiza la santidad! Se ama el entretenimiento espiritual, mientras desaparece cada vez más la verdadera piedad ¡La sal perdió su sabor, y la Iglesia, su influencia!

¿En qué momento nos descarriamos del camino? ¿Dónde está la raíz del mal que nos aqueja? Ciertamente, debemos excavar en el pozo de las Escrituras y buscar diligentemente respuestas a nuestras dudas y solución a nuestra crisis espiritual.

Por todo esto, es un gran desafío volver a aquellas importantes verdades de la doctrina cristiana, las cuales han sido relevantes y poderosas en la vida del pueblo de Dios. Y en esta séptima edición de nuestra revista, comenzamos un peregrinaje abordando las conocidas disciplinas espirituales o medios de gracia. Ciertamente, muchas de nuestras debilidades y desafíos actuales surgen de la ignorancia acerca de la persona de nuestro Señor Jesucristo y Su abundante Gracia. Es menester para el pueblo cristiano conocer los medios que Cristo dejó para que podamos beber y disfrutar ricamente de Su santa provisión.

La primera disciplina que estaremos considerando será la oración, verdad indispensable y necesaria para aquellos que quieran restaurar en sus vidas el altar de la consagración y la devoción. ¡Que Dios sea bendiciendo estas páginas de tal manera que sean una fuente de renovación y despertamiento espiritual!

Pablo David Santoyo

ÍNDICE

TEMAS DE PORTADA

La oración en la vida del nuevo creyente.....	5
La enseñanza de Jesús sobre la oración	17
Aprendiendo a orar con el apóstol Pablo	29
La Oración continua.....	41
La historia pertenece a los intercesores	53

COMPLEMENTOS

George Müller.....	65
Soltería: Dificultades, propósito y ventajas	77
Eduque a los niños para Cristo	89
Eduque a los niños para Cristo - II parte.....	101
El peligro de las redes sociales.....	109

LA ORACIÓN EN LA VIDA DEL NUEVO CREYENTE

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6)

Donde hay vida hay movimiento, hay acción, hay interacción. Cuando un pecador se arrepiente y pone su fe completamente en el Salvador, Jesucristo el Señor, entonces ocurre uno de los hechos más maravillosos: un hombre muerto en sus delitos y pecados, destituido de la gloria de Dios, ajeno a las promesas hechas al pueblo escogido por gracia y la voluntad santa del Creador, es hecho ahora un miembro vivo de la familia de Dios.

Todo aquel que ha nacido de nuevo tiene vida eterna, y esta vida se manifiesta como la de un “bebé” en Cristo, que ahora empieza a comunicarse con su Padre Celestial ¡Un pequeño del Reino! Es imposible ignorar el hecho de que, como en la realidad natural, todo recién nacido procura comunicarse con sus padres por medio del llanto o gritos o tiernos sonidos, así ocurre también con el creyente desde su nuevo nacimiento, el cual empezará a balbucear tierna y, a veces, torpemente, para comunicarse con su Padre Celestial. También es verdad que necesitará aprender, madurar y crecer en esa comunión por medio del Espíritu Santo, comunión que lo llevará a ejercitarse cada vez más para crecer en la práctica de la oración. Por todo lo anteriormente dicho, es necesario

que el nuevo creyente aprenda a apreciar, y no desestimar, la importancia de esta disciplina espiritual, la oración, la cual debe formar parte esencial del día a día de todo aquel que ha nacido de Dios.

Llamados para tener comunión con Él

Cuando Dios nos salvó de la condenación, no sólo nos libró de nuestras transgresiones y nos dio la vida eterna, sino que también nos llamó a tener comunión con Él: *“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor.”* (1 Co. 1:9). La comunión es la ‘común unión’, aquella que se tiene mutuamente, más íntima que el mero conocimiento externo o una charla fugaz, y más profunda aun que cualquier relación en la carne; así es esa comunión a la cual Dios nos ha llamado a tener con Él en Su Hijo. Antes de conocerle, no teníamos ninguna comunión con Dios, ninguna relación, sino que éramos sus enemigos (Ro. 5:10); pero ahora ya no somos enemigos de Dios, sino adoptados como hijos habiendo recibido Su Espíritu, por lo cual ahora podemos clamar: *“¡Abba, Padre!”* (Ro. 8:15). Y teniendo ahora Su Espíritu morando en nosotros tenemos comunión con Él. Todo aquello que nos separaba fue quitado de en medio por el Hijo de Dios, de manera que ahora podemos tener intimidad con el Señor en todas las cosas. Esto es maravilloso, que hombres tan débiles como nosotros, tan alejados de la santidad, tan infieles y ajenos a la voluntad de Dios, tengamos tal llamado, al punto que la Escritura dice: *“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él.”* (1 Co. 6:17). Por ello, no debemos descuidar este llamado.

Los primeros llantos

Así como un pequeño recién nacido comienza su entrada a este mundo llorando, el nuevo creyente llamado a tener comunión con su Padre Celestial, manifestará prontamente su nuevo nacimiento acudiendo en oración a Dios; así como un recién nacido llora de manera natural, es la expresión de la nueva naturaleza del creyente el que éste ore a Aquel que lo salvó; sin duda, podríamos desconfiar de todo aquel que dijera ser regenerado por la gracia salvadora de Dios, sin dar ninguna señal de vida espiritual por medio de la oración. Aquel que ha nacido de nuevo rogará, pedirá, derramará su corazón delante de su Padre Celestial, o definitivamente carece de vida y, por ende, de comunión con Él; por lo cual, la oración es una marca que distingue al verdadero creyente, al recién nacido en el Señor, de todos aquellos que apenas pretenden vivir una religión sin vida, externa y falsa. Por el contrario, el “recién nacido” de Dios comenzará a orar, seguramente no usará las palabras más adecuadas, tal vez sean oraciones muy cortas; posiblemente no sepa ni qué pedir ni cómo pedir, pero sin duda, el Espíritu que ahora vive dentro de Él, le ayudará en su humana debilidad (Ro. 8:26), porque, aunque no sabe cómo, ahora tiene un nuevo anhelo en su corazón que lo lleva a clamar.

El camino a la madurez

El nuevo creyente no debe conformarse con los primeros pasos en la oración; él debe crecer y madurar en aquella comunión que ahora tiene con Dios, de la misma manera que un niño va creciendo y madurando en la relación con sus

padres. Esta comunión con Dios es sólo por Su gracia, gracia que ya hemos recibido en Cristo; pero como decía el apóstol Pedro a las iglesias acerca de la gracia recibida: “*creced en la gracia*” (2 P. 3:18), la oración es un medio de gracia dado por Dios, es decir, un medio para recibir, disfrutar y crecer en aquello que Dios nos ha concedido en Él por medio de Su Hijo; mediante la oración crecemos en la gracia de la comunión con Dios, le conocemos, pedimos, recibimos de Dios, por medio de Jesucristo, a través de la oración. Todo nuevo creyente que comienza a orar, lo hará muchas veces de manera inconstante, cometiendo errores, como un niño que está aprendiendo a hablar, pero que por gracia es escuchado con atento amor por su padre terrenal; así es Dios con nosotros, que nos escucha en nuestra inmadurez, pero por medio de la práctica de una vida constante de oración, este músculo espiritual puede ser fortalecido de tal manera, que empieza a manifestarse una madurez en la manera de expresarse, en la reverencia, en el amor, en la constancia, en el tiempo que pasamos en oración, es decir, crecemos y comenzamos a abundar más en la comunión preciosa que nos ha sido dada con Dios.

La importancia de orar

Orar es importante y necesario para el creyente, es como el respirar en lo natural, respiramos porque estamos vivos, y oramos porque hemos recibido la vida de Dios. Como nadie puede aguantar mucho tiempo sin respirar porque causaría un daño irreversible a su organismo, así tampoco el cristiano puede tener una vida en la cual sólo ora a veces, o esporádicamente, sin sufrir daño alguno en su vida espiritual. El

cristiano debe dedicar tiempo a la oración, no apenas para sobrevivir, sino para recibir y disfrutar de su Señor. En una ocasión el Señor dijo: “*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.*” (Mt. 7:7). El mismo Señor nos anima a orar, pidiendo, buscando y llamando. Pidiendo, porque reconocemos nuestra necesidad y que sólo Él puede suplirla; ¡Qué desventurado aquel cristiano que busca hacer las cosas en sus propias fuerzas! Así no experimentará la gracia de recibir y de ser ayudado por su Señor. Santiago decía en su Epístola acerca de los que no piden: “...*combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís*” (Stg. 4:2). El nuevo creyente debe aprender a pedir a Dios para sus necesidades, para su familia, para la Iglesia del Señor, para la obra de Dios, debe pedir por los incrédulos, y así experimentará la gracia y el gozo de recibir (Jn. 16:24). El nuevo creyente también debe aprender a buscar a Dios en oración.

Un cristiano que busca constantemente en oración al Señor, encontrará mayor revelación de Su poder, de Su Presencia, experimentará mayor vida y vigor espiritual, porque aquellos que buscan a Dios tendrán una dulce comunión con quien sí puede saciar al alma sedienta. Es también necesario que el creyente llame, clame a su Señor para que se le abran puertas. Ciertamente un nuevo creyente pronto empezará a experimentar las dificultades y luchas propias de todo creyente con su propia carne, con el mundo y aun con el diablo; esta oposición se levantará para frenar el avance de la vida espiritual del nuevo creyente; por ello él necesita orar, clamar al Señor, para vencer la tentación (Mt. 26:41), para que le fortalezca en las pruebas, para que le sean abiertas puertas para hacer la voluntad del Señor (Col. 4:3), clamando ante

el “trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.” (He. 4:16). Tenemos también el vivo ejemplo de nuestro Señor Jesucristo; tal vez pensaríamos que si alguien no necesitaría orar sería Él, pero, por el contrario, Él nos muestra esta necesidad con su propio ejemplo, cuando se alejaba de las multitudes a lugares desiertos para orar (Lc. 5:16); oraba toda la noche para tomar decisiones importantes (Lc. 6:12); buscaba comunión con su Padre desde temprano (Mr. 1:35), y oró aún, antes de ser apresado, para ser fortalecido por Su Padre (Lc. 22:40-44). Si el Hijo Bendito de Dios necesitó orar en estas y otras tantas situaciones para llevar a cabo la voluntad de Su Padre, ¡cuánto más nosotros necesitamos hacerlo!

Esforzándonos en la gracia de la oración

La oración debe ser parte de la vida práctica de todo creyente, pero los que están comenzando deben aprender cómo avanzar y crecer en este medio de gracia. Nuestro Señor enseñó al respecto que debemos tener una vida privada de oración, y que ésta debe ser intencional, cuando dijo: “*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.*” (Mt. 6:6). El creyente debe apartar lugar y tiempo en su agenda para orar en privado. Seguramente, la vida de oración de muchos al principio empezará con diez minutos o menos, pero la práctica constante y la disciplina de orar de manera privada, dará lugar a tiempos de oración más largos y profundos, por lo cual no debemos desistir de orar. El apóstol Pablo decía al joven Timoteo: “...*esfuérate en la gracia que es en Cristo Jesús.*” (2 Ti. 2:1). Nosotros también debemos

esforzarnos en la gracia de Dios en esta área, si queremos crecer y madurar en la gracia que hemos recibido de nuestro Señor, como es la comunión con Él. Si quiero conocerle más, amarle más, servirle mejor a Él y a su pueblo, entonces debo pasar tiempos con Él, a Sus pies, adorándole, orando, a fin de estrechar la comunión. Por esta razón, no sólo debemos orar, sino que deberíamos tener varios tiempos de oración al día; así como comemos varias veces al día, tenemos necesidad constante de la comunión con nuestro Padre por medio de la oración. El salmista David decía: “*Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz.*” (Sal. 55:17).

También el profeta Daniel tenía esta costumbre: “*...y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes.*” (Dn. 6:10). Siguiendo estos ejemplos, el cristiano debería acudir al Señor en oración varias veces al día: en la mañana temprano, antes de hacer cualquier cosa; también a mitad de su día apartar tiempo para buscar al Señor, y en la tarde o noche buscar nuevamente a su Señor en íntima oración. Debemos fijarnos tiempos de oración.

Pero no sólo debe crecer el cristiano en su vida privada de oración, sino también en orar junto a otros creyentes; tener compañeros para orar es de gran ayuda para nuestra vida de oración. Si eres joven o soltero, qué gran ayuda es encontrar a otros jóvenes con quienes poder orar juntos por las necesidades mutuas y de otros. Si somos nuevos en el Señor, esto también puede contribuir a nuestro crecimiento espiritual, orando con otros hermanos más experimentados y maduros, con quienes podemos aprender a llevar las cargas al Señor.

Aquellos que están casados tienen una ayuda idónea, no sólo para el hogar, sino para orar juntos; sin duda, en nuestro cónyuge podemos encontrar un(a) compañero(a) de oración con quien clamar por las necesidades más profundas, las cuales no resultan fáciles de compartir con otros. También son de gran importancia las reuniones que la Iglesia aparta para este propósito; esto será de gran fortaleza para quienes están comenzando. La oración corporativa es de gran beneficio para el nuevo creyente, porque allí aprenderá a orar junto a otros que tienen más madurez, y será testigo de la acción de gracias de otros creyentes por las oraciones respondidas. ¡Será testigo del obrar de Dios! Por lo cual debemos esforzarnos más por asistir a estas Reuniones, las cuales a veces son muy descuidadas por los miembros de las iglesias. El creyente también puede acudir al ejemplo de los hombres y mujeres de Dios en las Escrituras para aprender de ellos cómo oraban y clamaban a Dios. Y, principalmente, podemos aprender del ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, quien enseñó sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar en la práctica de la oración (Lc. 18:1).

Orando con fe

El creyente debe aprender a orar con fe: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.”* (He. 11:6). Cuando estamos comenzando a orar, al principio se nos puede dificultar el ser conscientes de que nuestras oraciones son oídas; muchos perciben como que sus palabras van al aire o que hablan a una pared, por lo cual se debe crecer en la fe por medio de oír la Palabra de Dios (Ro. 10:17), y ejercitarla

cuando oramos. Por la fe, es decir, la confianza y plena certidumbre en Dios y lo que Él ha dicho, debemos creer que nuestras oraciones no sólo son escuchadas, sino que serán respondidas (Mr. 11:24), como decía el mismo Señor Jesús, quien nos animó a pedir en Su Nombre: *“Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.”* (Jn. 16:24). Debemos dar pleno crédito, por la fe, a Su promesa, ya que si el mismo Señor nos ha instado a pedir en Su Nombre, asegurándonos de que recibiremos lo pedido, entonces Él cumplirá Su promesa. Si le buscamos en oración, Él galardonará al que tal hiciere (Mt. 6:6; He. 11:6), si lo hace con fe y plena certidumbre de que su Padre Celestial, que entregó a Su propio Hijo para salvarlo, le dará también junto con Él todas las cosas (Ro. 8:32).

En ocasiones, el nuevo creyente cree que sus oraciones no serán oídas por causa de su pasado, por causa de los muchos pecados de su vida pasada. Sobre esto decía nuestro hermano Charles Spurgeon: “Si te amó, cuando estabas lleno de corrupción; ¿no escuchará tus oraciones ahora que te ha hecho heredero del Cielo?” Por la fe debemos sobreponernos, pues, ciertamente nadie, por su propia dignidad, será oído por Dios, pero sí por la dignidad del Hijo de Dios, Jesucristo el Fiel, por medio de quien ahora el creyente es recibido y escuchado por Dios. El mismo Señor Jesús animó a sus discípulos a orar, diciéndoles: *“Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.”* (Lc. 11:9-10). No dudemos de semejante promesa hecha por nuestro Señor. Oremos con fe, como pecadores que han sido recibidos a misericordia.

Echemos mano de la oración

Todo el que ha nacido de nuevo tiene por gracia, a su disposición, lo provisto por nuestro Señor para una vida piadosa (2 P. 1:3), por lo cual el nuevo creyente debe revisar su vida de oración.

¿Tiene usted un vivo deseo de tener comunión con Aquel que le salvó? ¿O aún su corazón no ha sido transformado por la gracia de Dios, que le llama y capacita para tener comunión con Él? Si no tiene dicha comunión, bien puede preocuparse, y debería examinar su fe a la luz de las Escrituras; pero si usted la tiene, si anhela conocer más al que le salvó, debe invertir seriamente en su vida de oración. Si ha sido negligente, perezoso o distraído para con este llamado tan importante, arrepíentase, y busque de todo corazón al Señor, quien dijo: *“Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.”* (Jer. 29:12-13) ¡Sí, ore! Pase tiempo con Dios, pida, clame, ruegue insistentemente, ore regularmente, porque Dios no se tardará en responder y hacer justicia a Sus escogidos (Lc. 18:1-8).

No se conforme al modelo de los que dicen ser creyentes, pero tienen una vida de oración pobre y descuidada. Usted crezca en esta gracia de Dios, madrugue, aparte tiempo, elimine excusas, y entréguese al llamado de su Padre Celestial, quien le espera para tener comunión con usted, Su hijo.

Alberto Rabinovici

No descuides la oración privada

“¿Cuál es la causa principal de todo enfriamiento y apartamiento espiritual? Por regla general, creo que la causa principal es el descuido y negligencia de la oración privada. Es cierto que la historia secreta de muchas caídas no se conocerá hasta el Día del Juicio. Pero en mi opinión, el motivo principal de todo enfriamiento y apartamiento tiene su origen en el descuido de la oración privada, como lo han demostrado muchas experiencias.

Las Biblias que se leen sin oración, los sermones que se oyen sin oración, los matrimonios que se contraen sin oración, los viajes que se emprenden sin oración, las amistades que se forman sin oración, las lecturas bíblicas y devocionales con oraciones rápidas y que no salen del corazón, todo esto constituye una serie de escalones descendentes por los cuales muchos creyentes bajan a un plano de apatía espiritual, o al borde mismo de una terrible caída.

No dudemos del hecho de que los que caen, primero caen en su vida espiritual privada, y más tarde, su caída es pública; primero caen en su vida de oración, y luego a los ojos del mundo. Al igual que Pedro, primero descuidan la amonestación del Señor de velar y orar, y luego, también como ese apóstol, pierden las fuerzas, y en la hora de la tentación niegan al Señor.

Confío que el lector cristiano de este escrito nunca se apartará de la fe. Pero la mejor manera de asegurarse de que no se apartará de los caminos del Señor, es recordando mi amonestación: No descuides la oración privada”.

J. C. Ryle

“Por obediencia a los mandatos de Dios, damos evidencia de la sinceridad de nuestra profesión santa. Por ella, nuestra fe es declarada auténtica delante de los hombres... La fe del que pretende creer en Jesús y no realiza habitualmente buenas obras es inútil, estéril, muerta. Con nuestra buena conversación, nuestra luz brilla delante de los hombres, edificamos a nuestros hermanos, silenciemos a nuestros opositores y preservamos al Evangelio de los reproches que de otra manera se le harían, como si fuera una doctrina licenciosa”.

Abraham Booth

“Si tú declaras, dices, estableces, decretas y todo se hace conforme a lo que tú dices, entonces, ¿para qué quieres a Dios?”

Chuy Olivares

Como predicador debo orar constantemente, estudiar seriamente la Palabra de Dios, conocer las normas de interpretación bíblica, estar a los pies de los grandes ministros de la historia de la Iglesia, ser un buen lector y, además, ser sensible al consejo de hombres maduros; si no, es muy probable que tuerza las Escrituras para mi perdición y la de los que me oigan.

Pablo David Santoyo

“Si no permanecemos en la oración, vamos a permanecer en la tentación”.

John Owen

LA ENSEÑANZA DE JESÚS SOBRE LA ORACIÓN

“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.” (Mt. 6:9-13)

En el Sermón del Monte, que inicia en el capítulo 5 del Evangelio de Mateo y abarca hasta el capítulo 7, el Señor Jesucristo enseña a sus discípulos la clase de justicia que los hijos de Dios deben practicar, manifestada en la conducta de una vida cristiana saludable. En estos principios enseñados por el mismo Señor, Él hace un contraste con los principios religiosos de su tiempo, practicados por los fariseos. Cristo enseña a los discípulos, mediante la oración conocida como el “Padre Nuestro”, los principios que deben estar contemplados en nuestras oraciones al acercarnos a Dios. Enfocaremos este artículo en el capítulo 6, a fin de despertar en los lectores la necesidad de orar, y ver la importancia que Cristo le da a la oración, además de las implicaciones que ésta tiene para la vida de cada creyente.

Principios de una oración genuina

La oración es una de las prácticas vitales del cristiano, la cual lo llevará a experimentar una adecuada vida espiritual.

Y esta práctica, necesaria e importante para el creyente, en los tiempos de Cristo, los fariseos y escribas la habían convertido en algo vacío, mecánico y sin vida. Después de la denuncia que Cristo hace de ellos, seguidamente, les dice a los discípulos (v. 8), que Dios no necesita de nuestras vanas repeticiones, pues Él sabe todo lo que necesitamos; lo que debemos buscar es la comunión con nuestro Padre Celestial en el precioso tiempo de la oración. Él enseña que nuestra oración debe ser en un lugar privado, donde no sea visto por nadie, pues la oración es la práctica del deseo interior del cristiano que siente la necesidad de relacionarse íntimamente, en lo secreto, con su Señor.

El Padre Nuestro: Modelo de oración

El Señor inicia su enseñanza sobre la oración con un “*vosotros*” (v. 9), contrastando así la actitud que deben tener los creyentes, con la de los gentiles y fariseos hipócritas. La enseñanza que va a hacer Cristo de cómo orar, no significa que debemos repetir estas mismas palabras cuando oremos, sino que son principios que debemos practicar cuando nos acerquemos a Dios en oración. “*Vosotros, pues, oraréis así...*” Mateo nos muestra que la forma verbal de la palabra ‘*oraréis*’ está en presente y en imperativo, significando una acción constante, pero también un mandamiento, que llevará a un cumplimiento en el creyente por la acción impulsadora del Espíritu Santo.

Este modelo de oración podemos dividirlo en tres partes:

1. Ruego dirigido a Dios: Padre nuestro que estás en los cielos (v. 9).

2. Seis ruegos (tres relacionados con Dios y tres relacionados con el que ruega): Santificación de Dios, la venida de Su Reino, Su voluntad hecha en la Tierra. Sustento para cada día, el perdón de los pecados y la protección del mal (vv. 9-13).
3. Tres loores o alabanzas a Dios: Reino, poder y gloria (v. 13).

Consideremos cada uno de estos aspectos:

• **Padre Nuestro que estás en los cielos**

El Señor Jesús nos enseña la nueva relación que tenemos con Dios al llamarle Padre. En el Antiguo Pacto, los israelitas llamaron a Dios: el Altísimo, el Todopoderoso, el Eterno, y otros nombres. Pero ahora nos acercamos confiadamente a nuestro Dios como el Padre que nos escucha, sustenta y ayuda, como un padre terrenal lo haría con su hijo. ¡Ahora tenemos un Padre! Antes estábamos huérfanos a causa del pecado, pero ahora tenemos libertad para entrar en Su misma Presencia. (He. 10:19). Pertenecemos a la familia celestial, lo cual nos estimula a ejercitar el privilegio constante de la oración a nuestro Padre Celestial.

• **Santificado sea tu Nombre**

El primer ruego, al dirigirnos a Dios, es por la santificación de Su Nombre. Ahora el Señor pasa a enseñarnos que la petición que se hace al Padre Celestial tiene un propósito al ser respondida: que Su Nombre sea santificado. El Dios trascendente es Santo en todo Su Ser. Por eso, al acercarnos

a Él debemos reconocerlo como lo que Él es: ¡Santo, Santo, Santo! Santificar el nombre de Dios significa tratarlo como Santo, reverenciarlo. La Santidad de Dios es la cumbre de Sus atributos. El Señor nos enseña que al orar a Dios, pedimos que su Nombre sea adorado, respetado y glorificado.

• **Venga tu Reino**

El segundo aspecto que nos enseña Cristo por el cual debemos rogar es: Venga tu Reino. El Reino de Dios tiene dos fases:

- El Reino presente. El Señor Jesucristo dijo, en Su encarnación, que el Reino de Dios se había acercado (Mt. 4:17; Mr. 1:15). Cuando una persona cree en el mensaje del Evangelio, es trasladada del reino de las tinieblas al Reino de Dios, llamado en las Escrituras, el Reino del Hijo de Su amor, como lo afirma el apóstol Pablo: “...*el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo...*” (Col. 1:13).

- Y el Reino futuro. Es el énfasis que se da a la Segunda Venida del Señor Jesús para establecer el Reino de Dios en la Tierra. Mateo lo da a entender al utilizar el imperativo “*ven-ga*”, al referirse a la venida del Reino de Dios. Vemos dos énfasis aquí: Primero, a través de la predicación del mensaje del Evangelio muchos hombres serán añadidos al Reino de Dios presente. Segundo: La enseñanza es que oremos al Padre para que traiga Su Reino de los Cielos a la Tierra. Este Reino obedece a un programa escatológico, profetizado en las Sagradas Escrituras del Antiguo Pacto; Reino que todo israelita piadoso esperaba, Reino al cual se refieren los profetas, como es el caso del profeta Daniel: “...*el Dios del cielo, levantará un reino que no será jamás destruido...*” (Dn. 2:44). El Reino de Dios

llenará toda la Tierra. Es el deseo de Dios manifestar Su gobierno soberano a través del Reino, y es responsabilidad de la Iglesia orar por ello ante Él. Es un llamado urgente de parte de Dios a su pueblo para que salga de su comodidad, y ore constantemente por la manifestación de Su Reino.

• **Hágase Tu voluntad**

El tercer ruego enseñado a los discípulos es: “*Hágase tu voluntad*”. El Creador de los Cielos y de la Tierra tiene una voluntad eterna. Él anhela que sus hijos hagan sus oraciones de acuerdo a esa voluntad. Es petición constante del Cuerpo de Cristo ante Dios sujetarse a esa voluntad eterna y dejarse gobernar por ella. El creyente está rogando al Señor que el mundo se sujete a Su divina voluntad, como él también se sujetará. Y dice el Señor que oremos para que esa voluntad se haga “*como en el cielo, así también en la tierra.*” Esta oración revela que la voluntad de Dios se hace en el Cielo, pero el creyente ora que esas mismas condiciones existan en la Tierra: Que Su voluntad se haga por completo. La revelación bíblica enseña que cumplir la voluntad de Dios consiste en hacer todo aquello que armoniza con Su carácter y santidad. También en el Reino Mesianico la voluntad de Dios será hecha en la Tierra, de la misma manera como es hecha en el Cielo.

Apreciado lector, ¿no le parece clara la enseñanza de Cristo para nuestra vida de oración? ¿No le parece importante el llamamiento del Señor para que tengamos tiempos dedicados a pedir que la voluntad de Dios, la cual es buena, agradable y perfecta (Ro. 12:2), se haga en nuestras vidas y en el mundo entero?

• Danos hoy el pan nuestro de cada día

El cuarto ruego enseñado por el Señor es: *“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.”* Cristo está enseñando que cuando nos acerquemos a orar ante Dios, lo reconozcamos como el Sustentador de nuestras vidas. Al dirigirnos a Él, le hacemos saber nuestras necesidades básicas, para que Él, como Padre, cuide de nosotros. El Señor, a través de esta oración, está guiando nuestro corazón a la confianza y al poder del Dios Proveedor. Debemos orar por el pan correspondiente para cada día. Así como Dios daba a Israel en el desierto el pan cotidiano, el maná, para cada día (Ex. 16:4), y no lo podían recoger para dos días, porque criaba gusanos (v. 20), de la misma manera, cada día nos presentamos ante Dios para que supla nuestras necesidades. Debemos recordar también, apreciado lector, que dentro de esta oración está incluido el mandamiento del Señor de que cada persona esté dispuesta a trabajar por el sustento diario y se gane el pan con el esfuerzo personal. El mismo Padre a quien oramos estableció que el hombre trabajara de manera natural para conseguir su sustento.

• Perdona nuestras deudas

La quinta petición enseñada por Cristo es: *“Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.”* Este ruego consta de dos partes. En primer lugar, cuando nos acercamos a Dios para tener comunión con Él, debemos tener muy presente Su infinita y absoluta Santidad. Al conocer Su Ser de esa manera, reconoceremos que, como somos pecadores, hemos ofendido Su Santidad, y somos deudores a Él. Esa deuda no es medida por el pecado cometido, sino por quien recibe la ofensa: El Dios Altísimo (El-Shaddai), y esa ofensa al Ser infinito

requiere una acción imposible de satisfacer; sólo Dios puede cancelarla y perdonarla por la gracia de la obra de Cristo en el Calvario. Allí, el Dios Santo puede perdonar nuestra deuda. En el texto paralelo (Lc. 11:4), la deuda es equivalente a pecado. El sustantivo griego ‘deuda’ es *‘ofeilemata’*, y se refiere a las deudas legales; en este texto se emplea para deudas morales y espirituales a Dios. Así, en la mente judía del primer siglo, como lo muestra Lucas, el pecado era considerado como deuda.

El segundo aspecto se desprende del primero. Los que nos acercamos a Dios, sabiendo que nuestra deuda fue perdonada por gracia, debemos, como resultado de ello, perdonar las deudas, pecados y faltas de los demás, pues todas éstas, por muy “grandes” que sean, son mucho menores que la deuda que nos fue perdonada por Dios en Cristo.

El Señor nos enseña que uno de los aspectos de la verdadera naturaleza del creyente, es tener un espíritu perdonador. Dos de las cualidades más grandes que Dios ha dado al creyente son: el amar y el perdonar. Cuando vivimos en la esfera del perdón, nos pareceremos más a nuestro Padre Celestial “...*que hace salir su sol sobre malos y buenos...*” (Mt. 5:45). Por esa causa, en el tiempo que el cristiano dedica cada día y noche a encontrarse con Dios, debe tener muy presente rogar por el perdón de sus pecados y el de sus ofensores.

• **No nos metas en tentación**

El sexto ruego enseñado por Jesucristo a los discípulos es: “*Y no nos metas en tentación, más libranos del mal...*” Esta petición que el Señor está enseñando, relacionada con la

preservación de la vida espiritual, debe ser entendida como un ruego a Dios de parte del creyente, quien pide que, en el momento de estar frente a la tentación, no caiga en ella, que no sucumba ante ella. No debe ser entendida como que Dios introduce al creyente en la tentación, pues Dios no tienta a nadie (St. 1:13). Entenderemos mejor la frase a la luz de Marcos 14:38: *“Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.”* La Escritura muestra que el maligno procura, con muchos de sus artilugios, hacer caer en tentación al creyente; por ello el Señor nos enseñó a orar que seamos preservados de caer en la tentación. El mismo Señor Jesucristo le enseñó a Pedro lo que sucedió en el mundo espiritual cuando el diablo lo había pedido para zarandearlo (Lc. 22:31). Podemos decir, entonces, que el cristiano ora diariamente para ser guardado por el poder y la fidelidad de Dios, librándolo de toda obra perversa ocasionada por el accionar del maligno. La palabra ‘maligno’, en el texto griego, puede referirse tanto a Satanás (el autor del mal), como al mal que afecta a todo ser humano por causa de su naturaleza pecaminosa. Sólo el poder de Dios nos puede librar del poder tentador del diablo y de la influencia del mal. Como creyentes bíblicos encontramos, en el recurso de la oración, un llamado de auxilio a Aquel que nos puede guardar con Su poder: ¡Dios, el Padre!

• Porque tuyo es el Reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos

La última parte de la enseñanza de Cristo a los discípulos sobre cómo orar, está compuesta de tres alabanzas, que son la doxología con la cual concluye la oración. Una doxología

es una breve oración, himno o alabanza que exalta la gloria y la Majestad de Dios. Viene del vocablo griego ‘*doxa*’, gloria, y ‘*logos*’, palabra.

Cuando oramos al Padre en sintonía con Su voluntad, nuestras oraciones son respondidas, y al ver el cuidado amoroso de Dios sobre nosotros, salen loores de nuestro corazón para Él. Alabamos al Padre porque el Reino, el poder y la gloria son de Él, y no del diablo. Dios nos ha preservado para Su Reino, y ante esa acción divina, prorrumpen nuestro ser en adoración a Dios, nos desbordamos en expresiones de alabanza, declarando que el Reino, el poder y la gloria pertenecen al Padre. Esta última parte de la enseñanza de Cristo a los creyentes nos debe constreñir cada día, en nuestro tiempo de oración, a exaltar Su grandeza. Reconocemos Su Majestad y que todo le pertenece, y Él es el único que merece ser adorado, exaltado y honrado. ¡Toda adoración a Ti, Señor!

El Señor Jesús concluye la enseñanza a sus discípulos sobre la oración (vv. 14-15) con una frase condicional: “*Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.*” Inicia con la conjunción *porque*, la cual utiliza para finalizar la idea de la oración modelo; la falta de un espíritu perdonador obstruye la comunión con el Padre Celestial. Estas claras instrucciones hablan de la disposición de corazón de aquel que está ejerciendo el privilegio de la oración ante Dios. El Señor enseña claramente que el perdón otorgado a quienes nos deben está conectado directamente con el perdón recibido por nuestro Padre Celestial.

Aprendizaje de la oración

Estos son los principios espirituales enseñados por Cristo a los discípulos, los cuales deben ser practicados en el tiempo precioso de la oración a nuestro Padre que está en los Cielos.

Apreciado lector, en el momento que usted entra en el secreto con Dios, ¿tiene presentes estas enseñanzas que dio Cristo para acercarse ante el Padre? ¿Ora usted para que la respuesta que reciba de parte de Dios sea para santificar Su Nombre? ¿Ruega usted para que el Reino de Dios venga pronto? ¿Ora usted como creyente para hacer la voluntad de Dios y para que otras personas la hagan? ¿Tiene usted en Dios la fuente del sustento para su vida, o su confianza está en el hombre? ¿Ruega cada día a Dios por el perdón de sus pecados? ¿Tiene usted un corazón perdonador como el de Dios?

Este tiempo vital de comunicación con Dios mediante la oración, fue enseñado y practicado por el Señor Jesús, los apóstoles y los profetas. Las páginas de la Biblia están impregnadas con el grato aroma de la oración del pueblo de Dios.

El contenido de la oración modelo llamada “*Padre nuestro*”, Dios quiere aplicarlo en la Tierra, y espera que Su pueblo ruegue constantemente a Él por ello. ¡Dios nos dé un corazón que lleve ante Él estos principios en el momento de ejercitar nuestro privilegio de la oración!

Jhair F. Díaz

La Oración Matutina

Debo orar antes de que haya visto a alguien. A menudo, cuando duermo mucho, o me reúno temprano con otros, es a las once o doce cuando comienzo mi oración secreta. Este es un perverso sistema, contrario a las Sagradas Escrituras; pues Cristo se levantaba antes de que amaneciera y se iba a un lugar solitario. David dijo: *“Oh Jehová, de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti...”* Si no sigo estos ejemplos bíblicos, la oración familiar pierde mucho de su poder y dulzura, y yo no puedo hacer bien a los que vienen a buscarlos en mí. La conciencia se siente culpable, el alma sin aliento y la lámpara no está arreglada. Entonces, cuando ya voy a la oración secreta, el alma, a menudo, está fuera de tono. Por ello, siento que es mucho mejor comenzar el día con Dios, ver Su faz primero, dejar a mi alma acercársele, antes de que se acerque a otro...

Robert Murray McCheyne

.....

Los grandes maestros y profesores de doctrina cristiana han encontrado siempre en la oración su más elevado manantial de iluminación. Para no irnos más allá de los límites de la Iglesia Inglesa, recordemos al obispo Andrews, quien empleó diariamente cinco horas sobre sus rodillas. Y es que los más grandes resultados prácticos que han enriquecido y hermosado la vida humana, en los tiempos cristianos, han sido alcanzados por la oración...

Canon Liddon

Horas de Oración

Dispón tus asuntos, si es posible, de tal modo que puedas cómodamente dedicar dos o tres horas cada día, no meramente a los ejercicios devocionales, sino al verdadero acto de la oración secreta y de la comunión con Dios. Esfuérzate siete veces al día en retirarte de los negocios y compañías, y eleva tu alma a Dios en retiro privado. Comienza el día levantándote después de medianoche, para dedicar algo de tiempo, entre el silencio y la oscuridad de la noche, a esta obra sagrada. Procura también que la primera hora del día te encuentre en la misma obra. Y que las nueve, doce, tres, seis y nueve de la noche testifiquen lo mismo. Sé resuelto en su causa. Haz todos los sacrificios practicables para mantenerla. Considera que tu tiempo es corto, y no permitas que los negocios y las compañías te roben el tiempo que le debes a tu Dios.

Adoniran Hudson Gordon

.....

Yo necesito emplear las mejores horas en comunión con Dios. Es mi más notable y fructífero empleo, y no debe ser arrojado en un rincón. Las horas de la mañana, de las seis a las ocho, son de las más ininterrumpidas, y deben ser así empleadas. Después del té es mi mejor hora, y aquella debe de ser solemnemente dedicada a Dios. No debo tampoco suspender el bueno y viejo hábito de la oración antes de ir a la cama, sino que debo protegerme para guardarme contra el sueño. Cuando me despierto en la noche debo levantarme a orar. También, un poco tiempo después del desayuno, puede dedicarse a la intercesión.

Robert McCheyene

APRENDIENDO A ORAR CON EL APÓSTOL PABLO

“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo.” (1 Corintios 11:1)

La oración es una práctica cristiana que está incluida en aquello que llamamos ‘disciplinas espirituales’ o ‘medios de gracia’. Esta es una práctica por medio de la cual la gracia de Dios es derramada en nuestros corazones y, a través de ella, recibimos suministro divino para todas las circunstancias de la vida.

Pero, ¿qué es orar? De manera muy simple, orar es conversar con Dios. Cuando oramos abrimos nuestros corazones a Dios de manera sincera y exponemos delante de Él nuestra causa; buscamos conocer Su voluntad y someternos a ella; nos unimos a Él en oración con humildad y dependencia, sabiendo que Él es la fuente de cualquier asunto que necesitemos. También oramos llevando delante de Él a nuestros familiares, amigos y a todo hombre, poniéndonos en lugar de ellos, y pidiendo que Dios les perdone, salve y les acerque a Él. Debemos orar incluso por la menor necesidad, desde el sustento diario, hasta el mayor motivo que tengamos.

Nuestro objetivo en este artículo es aprender de las oraciones del apóstol Pablo registradas en sus epístolas. Este no será un estudio exhaustivo. Nuestro objetivo es entender el

significado de las palabras de Pablo cuando oró, e imitarlo en estas prácticas con el intento de construir una vida de oración adecuada delante de Dios. Pablo tenía una clara comprensión de que si no oraba no podría vivir; él sabía que no hay vida cristiana sin oración. Un cristiano que no ora es una contradicción.

Acciones de gracias

Basándonos en el ejemplo de Pablo en sus epístolas, empecemos con las acciones de gracias. La acción de gracias es una respuesta del corazón por aquello que se ha recibido. Recibimos gracia de parte de Dios, lo cual hace que tengamos una respuesta de agradecimiento a Él. Aquel que recibe gracia debe responder a Dios con acciones de gracias. En 1 Tesalonicenses 5:18 y Efesios 5:20 tenemos recomendaciones claras de Pablo para dar gracias ‘siempre’ y ‘por todo’ a Dios, por medio de Jesucristo. Un pequeño análisis de estos textos revelará que tenemos un elemento temporal presentado en el ‘siempre’, y también el elemento circunstancial presentado en la palabra ‘todo’. Seamos agradecidos a Dios en todo tiempo y en cualquier circunstancia: en aquello que vivimos y que es una bendición, sin embargo, también demos gracias en aquello que sufrimos. ¿Cómo podemos hacer eso? Podemos hacer tal cosa porque reconocemos que todo lo que llega hasta nosotros es la voluntad de Dios; estamos bajo el gobierno de Dios y todo lo que pasa con nosotros está bajo Su dominio. Él nos concede gracia para creer, gracia para vivir y andar, y también nos concede gracia para padecer (Fil. 1:29). Estos son apenas algunos ejemplos. Pablo le daba gracias a Dios por los hermanos, le daba gracias a Dios por la Iglesia,

por el Cuerpo de Cristo, por la familia de Dios. Él agradecía por la fe y el amor de los hermanos (Ef. 1:15-16; Col. 1:3-4), porque por todo el mundo estaba siendo proclamada esta fe (Ro. 1:8), porque ellos habían sido enriquecidos en Cristo (1 Co. 1:4). Él estaba agradecido por la cooperación de ellos para la causa de Cristo (Fil. 1:3-5). La Iglesia, la obra de Dios en la Iglesia, la obra de Dios a través de la Iglesia, siempre era motivo de dar gracias a Dios.

Con todo esto, aprendemos la necesidad de dar gracias en todo lo que se refiere a nuestra vida de manera individual, sea en las alegrías o en las dificultades. Y también a ser agradecidos con Dios por el regalo de ser parte de Su familia esparcida por toda la Tierra, por la expansión de Su obra, por la edificación de los santos y por la cooperación de ellos en la obra de Cristo.

Orando por los perdidos

La misión de la Iglesia en esta Tierra consiste en ganar a los perdidos y edificar a los salvos; para ambas tareas necesitamos la oración. No hay salvación sin oración; tampoco hay edificación sin oración. Dios decidió que fuera así, que participáramos de Sus propósitos como cooperadores en la oración y en la predicación y edificación. Cuando llegamos a 1 Timoteo 2:1-8, podemos notar las instrucciones de Pablo para que los hermanos orasen por la salvación de los hombres. En estos versos tenemos cuatro palabras para describir la oración. Estas palabras son: **súplicas**, **oraciones**, **intercesiones** y **acciones de gracias**. Todas ellas están ligadas a la salvación de los perdidos.

La palabra ‘**súplica**’ nos da la idea de alguien que reconoce una necesidad existente, sea carencia, escasez de dinero u otra cosa, y también reconoce que existe alguien que puede suplirla, entonces clama por ayuda. Noten que, por un lado, existe la clara necesidad, y por el otro, el entendimiento de quien puede suplirla. Sabemos de la pobreza espiritual del mundo sin Dios, y reconocemos que solamente Dios puede suplir dicha pobreza. Por eso suplicamos a Él en favor de los hombres.

La segunda palabra es ‘**oración**’ (término general para describir la oración). Esta palabra, en este contexto, tiene su enfoque en Dios, y exalta a Dios como quien escucha y atiende la oración, enfatizando el hecho de que Dios es capaz de llevar a cabo aquello que se ha propuesto hacer.

La tercera palabra es ‘**intercesión**’, la cual significa ‘ponerse en lugar de alguien’, ponerse en la situación del necesitado, en otras palabras, como se dice popularmente: “Poner sus pies en los zapatos del otro”. En este sentido, nos posicionamos junto a los que necesitan salvación, ya que no somos mejores que ellos. Suplicamos el perdón de Dios para ellos, como si estuviéramos junto con ellos pidiendo perdón a Dios. En la oración de Daniel por su pueblo (Dn. 9:4-19), vemos en Daniel un hombre que amaba al Señor y era amado por Él, mas, sin embargo, él oraba así: “. . .*hemos pecado, hemos cometido iniquidad. . .*” (v. 5), incluyéndose con el pueblo que había abandonado a Dios; ésta es una verdadera intercesión. Daniel amaba a Dios, confiaba en Él y tenía una vida íntegra delante de Dios, pero cuando oraba por el pueblo se incluía juntamente con ellos; eso es intercesión.

La cuarta palabra es ‘**acción de gracias**’. Cuando está ligada a la salvación de los hombres, tiene un significado de intensa gratitud por la salvación. Un Dios bendito y amoroso está ocupado en salvar hombres que no merecen Su favor; aun así, los rescata y perdona, los justifica y santifica, y trabaja en ellos. Esto es gracia, y a causa de ello elevamos ante Él infinitas acciones de gracias.

En este texto no vemos solamente la naturaleza de la oración; también podemos percibir el alcance de la oración. No hay límites, ni de tiempo ni de espacio, para la oración; ésta debe ser hecha en favor de todos los hombres, para el rescate de todos. Debe ser hecha en favor de reyes y de los que ejercen cualquier tipo de autoridad, para que haya un campo fértil y libre para la predicación del Evangelio. Después veremos el beneficio de estas oraciones: viviremos “*quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad*” (1 Ti. 2:2), o sea que habrá un ambiente propicio para el testimonio y la manifestación de la vida de Dios a través de Sus hijos.

Ahora tenemos la razón de estas oraciones; es bueno y agradable delante del Dios Salvador. El deseo de Él es la salvación de todos, por lo cual ese debe ser también el deseo de Sus hijos. Estamos conscientes de que cuando oramos por la salvación de los hombres, estamos orando según la voluntad de Dios. Él envió a Su Hijo, el único que podría mediar tal salvación, Él ha provisto salvación para los hombres. Él nos dio la vida eterna, y esta vida está en Su Hijo; quien “*tiene al Hijo, tiene la vida*” (1 Jn. 5:12); quien no lo tiene, está perdido bajo la ira de Dios (Jn. 3:36). Debemos orar y anunciar la salvación de Dios, hablar la verdad y vivir la verdad, anunciar

la verdad que vivimos. Nuestras oraciones deben proceder de una vida santa, sin ira y sin animosidad.

Entonces aprendemos a orar viendo la necesidad y al Proveedor de ella; percibiendo aquello que Él puede, quiere y proveyó para la salvación de los hombres. Estamos esclarecidos de la naturaleza de la oración, de su alcance, de sus beneficios y de la razón de la oración. Oremos siempre, en todo tiempo, creyendo que Dios es capaz de salvar.

La oración pidiendo conocimiento

Llegamos entonces a la oración pidiendo conocimiento. Tenemos esta oración en las cartas a los Efesios, Filipenses, y Colosenses. Son registros de las oraciones de Pablo por los hermanos para que ellos abundaran en el pleno conocimiento de Dios. Ahora todo encaja: aunque todo está disponible en Cristo, aun así, debemos utilizar este medio de gracia que Dios nos ha dado, la oración, para apropiarnos de estas riquezas en Cristo. Debemos buscarla más que aquellos hombres que buscan oro, plata o tesoros escondidos.

En Efesios 1:16-19, Pablo ora al Padre de la gloria. La gloria es la esencia insondable de Dios, la suma de todos Sus atributos en máximo resplandor. Cuando alguien tiene una visión de la gloria del Padre en el rostro de Cristo, su oración avanza a niveles más altos. Pablo ora para que el Bendito Padre de la gloria conceda a los hermanos “*espíritu de sabiduría y de revelación*”. Hay mucho que hablar con respecto a esto. Cuando el espíritu del hombre se une al Espíritu de Dios en oración, él experimenta la sabiduría y la revelación

espiritual, y alcanza la capacidad de llevar a la práctica todo conocimiento. Mientras *sabiduría* habla de un juicio o discernimiento correcto que produce práctica, *revelación* habla de un conocimiento correcto de aquello que estaba escondido. Cuando esto nos es concedido en oración, somos capaces de conocer a Dios, como está escrito: “...*en el conocimiento de él...*” (v. 17) ¡Conocimiento pleno de Él! ¡Qué maravilla! ¡Qué bendición!

Pero Pablo no habla solamente lo que sucede, sino que él nos muestra el proceso de esta gracia en el hombre. Él nos muestra que cuando hay una real y viva unión con Dios por el Espíritu Santo, en lo más profundo de nuestro ser brilla una luz; esta luz es capaz de iluminar y transformar nuestra mente, y aclararlo todo. Dios brilla dentro de nosotros, nuestro espíritu es iluminado, porque es la lámpara del Señor (Pr. 20:27). Esta luz brilla y escudriña todo nuestro ser interior, disipando todas las tinieblas y llevándonos a la claridad de pensamientos, emociones y sujeción de la voluntad, lo cual se vislumbra en la expresión “...*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento...*”

Avanzando un poco, Pablo habla de tres áreas que debemos conocer de manera experimental:

- 1) La grandeza de nuestro llamamiento.
- 2) La riqueza de la gloria de la herencia de Dios en nosotros.
- 3) La suprema grandeza de Su poder en los creyentes.

Estas cosas abarcan toda la vida cristiana desde el inicio hasta el fin. Querido lector: ¿Ya dedicaste tiempo para orar por esto? ¿Estás orando por conocer la grandeza de tu llamamiento, por conocer la gloria de la herencia de Dios en la Iglesia, por conocer el poder que opera en los hijos de Dios? Todo esto lo alcanzamos también por medio de la oración. Cuando oramos a Dios por estas cosas, seremos encaminados a las Sagradas Escrituras donde están estas verdades. Allí veremos el propósito de Dios para Sus hijos, veremos para qué nos llamó. Veremos también que hay una herencia bendita, incorruptible y llena de gloria en nosotros; y que nosotros somos herencia de Dios, Su propiedad. Veremos también que hay en nosotros un poder sin medida, el poder que resucitó a Cristo de los muertos; el poder que trae de la muerte a la vida opera en nosotros. Esta capacidad está en nosotros. En otras palabras, Dios nos está diciendo que todo ya está disponible. Tenemos un alto llamamiento, somos herencia de Dios y tenemos disponible toda la capacidad que necesitamos. Dios llevará a cabo Su obra en nosotros. Un cristiano sabe, por experiencia, que cuando es expuesto a dificultades, y percibe que sus fuerzas se agotan, la gracia que procede del Trono de la gracia (fuente de toda provisión y realidad de vida), empieza a fluir. Del Trono viene toda la provisión que él necesita para atravesar cualquier circunstancia de la vida (He. 4:16).

Perseverancia y longanimidad

En la carta gemela a los Efesios, la cual es Colosenses, Pablo tiene una oración muy semejante a la anterior (Col. 1:9-12). Pablo ora para que los cristianos en Colosas conozcan y rebozen en el pleno conocimiento de la voluntad de Dios,

que viene del Espíritu a nuestro espíritu y avanza dándonos sabiduría y conocimiento espiritual, llevándonos a vivir de un modo digno del Señor, haciéndonos agradables a Él, fructificando en toda buena obra y creciendo hasta la plenitud del conocimiento. En el verso 11 encontramos que el poder de Dios nos es dado en “...*toda paciencia y longanimidad...*” Realmente debemos orar para recibir de Dios esta capacidad para soportar las situaciones difíciles y tener “largo ánimo”, es decir, constancia de ánimo, con las personas difíciles. Esto no es algo que puede surgir de nosotros mismos, sino que viene de Dios.

Por toda la Escritura podemos percibir la gran verdad sobre la incapacidad humana, así que no hay nada que podamos hacer que provenga de nuestro propio esfuerzo. Necesitamos ponernos delante del Trono de la Gracia para que de Dios podamos recibir este poder maravilloso que nos fortalece ante los sufrimientos de la vida, sean éstos por situaciones que nos hacen sufrir, tales como enfermedades, defunciones, o sean ellos por personas con las cuales necesitamos lidiar. Cuando tenemos dificultades en estas cuestiones, ¿a quién recurrimos? Comienza a buscar fuerzas en Dios a través de la oración. Una de las características a observar en la vida de nuestro Señor Jesucristo es una total perseverancia, además de una completa longanimidad. Él soportó todo, pasando por los sufrimientos más intensos. Él también tuvo una completa longanimidad con Sus discípulos, igual que con todos los hermanos en la historia de la Iglesia; y también la tiene para con nosotros todo el tiempo. Podemos estar a Sus pies, aprender con Él, ser llenos de Él, de la fuerza que viene por Su gracia para soportar cualquier situación.

La oración pidiendo amor en el conocimiento

En Filipenses 1:9-11 tenemos otra oración íntimamente relacionada a la oración anterior, pero con la añadidura de un elemento: el amor. Pablo ora por los creyentes en Filipos para que el amor de ellos aumente más y más. Siempre pensamos que existen límites para nuestro amor y, de hecho, nuestro amor es limitado. Ahora, cuando probamos del amor de Dios, descubrimos que... ¡en este Amor no hay límites! Necesitamos crecer en ese amor más y más; no es crecer un poco, avanzar de una etapa hacia otra y pensar que ya es suficiente. Crecer “*más y más*” significa que un día antes de nuestra muerte podremos amar más de lo que amábamos el día anterior, y menos de lo que amaremos en el último instante de nuestras vidas. Si nos ponemos delante de Dios en oración, el amor de Él crecerá en nosotros de manera ascendente, y sin barreras. ¡Qué maravilloso es este pensamiento! Pablo oraba por eso. También debemos orar para que eso suceda en nosotros y en nuestros hermanos.

Entonces, para dejar todo más seguro, Pablo vincula este amor al conocimiento y al discernimiento que había mencionado en las oraciones anteriores. Amor sin conocimiento real de Dios y sin discernimiento, no pasa de ser sino puro sentimentalismo. Conocimiento no experimental y sin amor, solamente lleva al orgullo (1 Co. 8:1). Necesitamos crecer en el amor, pero asociado al pleno conocimiento y también al discernimiento espiritual; sólo así seremos capaces de escoger el bien y abstenernos de toda especie de mal, y avanzaremos en dirección a Dios de manera completa, en nada deficientes; seremos sinceros y estaremos confiados en la Venida

del Señor. Estaremos llenos del fruto de justicia producido en nosotros por medio de Jesucristo para la gloria de Dios.

Conclusiones

Ahora tenemos todo más claro delante de nosotros. Aunque sabemos que no hemos agotado el asunto de la oración, sabemos que hemos tratado cosas fundamentales de la vida de oración y lo que ella produce en nosotros.

Debemos tener claro en que no hay progreso en la vida cristiana sin oración. Verdaderamente, no hay vida cristiana sin oración. Si usted, querido lector, siendo cristiano, no ora, ¡no podrá vivir una vida agradable a Dios! La vida cristiana debe ser vivida en humildad y dependencia de Dios, reconociendo que sin Él nada podemos hacer y, al mismo tiempo, conscientes de que todo lo podemos en Él.

Es importante notar que para que haya equilibrio, el medio de gracia debe ser asociado con todas las otras disciplinas espirituales. Una de las características de los medios de gracia es que ellos no son suficientes en sí mismos, siempre deben ser asociados con los demás. Cuando avanzamos en uno de ellos, éste nos lleva al otro: Si oramos, seremos conducidos a las Escrituras; si leemos las Escrituras, seremos conducidos a la oración. Si oramos, seremos llenos de amor hacia los hermanos; si estamos con los hermanos seremos estimulados al amor y a las buenas obras. Si leemos las Escrituras, seremos conducidos a la oración, a la reunión de los santos; en la reunión seremos por ellos exhortados, consolados, edificados, estimulados a la oración, al ayuno, a la adoración. Cada una

de estas cosas va llevando a la otra y produciendo en nosotros progreso de vida. ¡Qué cuadro tan maravilloso es este!

Organiza tu vida, tu tiempo, tus recursos, para aprender y practicar la maravillosa disciplina de la oración, sin la cual no podemos vivir.

Marcelo Vieira

.....

Si algunos cristianos que se han estado lamentando de sus ministros hubieran dicho y actuado menos delante de los hombres y se hubieran aplicado ellos mismos con todo el poder, para clamar a Dios por aquellos, hubieran, por así decirlo, levantado y asaltado el Cielo con sus humildes, fervientes e incesantes oraciones intercesoras, y habrían estado más cerca del camino al éxito.

Jonathan Edwards

Todos los esfuerzos del ministro serán vanos, o peor que vanos, si no tiene unción. La unción debe descender del Cielo y esparcir un sabor y sentimiento y gusto sobre el ministerio; y entre los otros medios que lo califican para su oficio, la Biblia debe tener el primer lugar... y el último lugar también debe ser dado a la Palabra de Dios y a la oración.

Richard Cecil

Muchas veces ordenar nuestras vidas cristianas es ordenar
nuestra vida de oración.

Pablo David Santoyo

LA ORACIÓN CONTINUA

*“...orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu...”
(Efesios 6:18).*

Una vez el cristiano verdadero haya experimentado la maravillosa e inolvidable salvación, su vida cambia para siempre. Todo nacido de nuevo puede estar de acuerdo con esta afirmación. Ahora el abatido pecador siente paz y dicha, la carga aplastante del pecado ha sido clavada en la cruz de Cristo, y ya él es libre. El hombre encuentra el propósito real de su vida y empieza a desear compartir su experiencia con los que ama y le rodean. Reconoce que le pertenece a Aquel que derramó por amor Su sangre en el Calvario. Sin embargo, no todo cristiano entiende, inmediatamente después de su conversión, que este es sólo el primer paso para algo incalculablemente mayor a lo cual Dios lo ha predestinado para siempre. Muchos piensan que este privilegio es sólo para después de la muerte o después de la resurrección, pero no es así. El privilegio de tener la continua e ininterrumpida dichosa comunión con Dios, a través de la oración, es para disfrutarlo desde ahora y por toda la eternidad.

Sí, al principio, aún después de experimentar la salvación, el hombre sigue siendo orgulloso y egoísta en muchos aspectos de su vida, y en el fondo suele pensar que el ser libre de la condenación eterna es lo mejor que le haya podido

sucedier. Sin embargo, esto no es todo. Debe ser agradecido para siempre, sí; pero lo mejor que le ha podido pasar es ser uno con Aquel que le salvó, del mismo modo que el Señor Jesús es uno con Dios. Lo mejor que le ha podido suceder al cristiano es ser de Jesús, y entrar en el mismo ámbito de comunión de la Divina Trinidad a través del asombroso misterio de la oración.

Primeros pasos

El dulce Espíritu de Dios, ahora morando en la vida del nuevo convertido, empezará un proceso de acercamiento del hombre al corazón de Dios. Esto sucede no solamente porque es la voluntad del Padre, sino porque en la mayoría de los primeros acercamientos a la oración, el cristiano pide según los deseos de su corazón, dominado por una mente aún no renovada por medio del conocimiento de las Escrituras y el trato disciplinario del Señor. Dios, en Su perfecta sabiduría, conociendo esto, conduce al hombre para que éste entienda que en todas las circunstancias de su vida hay un control divino, cuyo objetivo es la formación de Cristo en él, y la comunión entrañable a través de la oración y la adoración, pues ambas están estrechamente relacionadas.

Sin embargo, el paciente Espíritu de Dios (quien es las arras de nuestra salvación y el mayor regalo jamás dado al ser humano) puede ser resistido y, por lo tanto, el tan deseado acercamiento a Dios que Él quiere propiciar en nuestras vidas, se vería truncado. De esta manera, la vida del cristiano, con el paso de los días y los años, se va desperdiciando en la vanidad del mundo o en proyectos infructíferos catalogados por las Escrituras como obras de madera, heno y hojarasca.

Oración temporal y oración continua

En sus comienzos, tal vez no sea claro para el cristiano la diferencia entre la oración temporal y la oración permanente o continua a la cual Dios lo quiere llevar. La oración temporal es aquella presentada delante de Dios en acción de gracias, ruego o súplica, en la cual el creyente expresa lo que hay en su corazón ante el Dios Todopoderoso; ésta simplemente tiene un comienzo y un Amén al final. Sin embargo, la oración continua o permanente nunca establecería sólo un tiempo específico de oración en la vida del nacido de nuevo, ya que su celoso tiempo de oración no tiene fin, porque, después del Amén, no se ha acabado su plática o conversación con su Señor. Durante el día, en las labores cotidianas, no pierde la conciencia de la presencia de Dios, la cual genera una sensación sublime de temor, gozo y paz, que no permite al cristiano permanecer en silencio.

Consideremos ahora algunos ejemplos en las Escrituras de hombres que practicaban esta oración permanente o continua, para que conozcamos su importancia, y participemos de ella, como lo hicieron esos santos en la antigüedad.

El caso de David

“En tu presencia hay plenitud de gozo...” (Sal. 16:11). El pastor de Israel, aquel muchacho que fue ignorado por la nación entera y aún por su familia, estaba siendo formado por el Señor en la soledad. En su tiempo de pastoreo, el joven obtenía victorias sobre situaciones que lo preparaban para su bienaventurado y futuro servicio a Dios. Con todo, nunca

se encuentra en sus Salmos alusiones a sus victorias frente a leones, osos, gigantes como Goliat u otra hazaña similar ¡No! Pero sí son notorias cuantiosas expresiones relacionadas con la delicia de estar en la presencia del Señor en oración. Este Salmo es un ejemplo de ello, y es, precisamente, por causa de la permanente oración delante de la presencia de Dios que pudo ser victorioso en cada una de las situaciones mencionadas anteriormente. La expresión “*plenitud*” implica absoluta saciedad y satisfacción. Es lo que el hombre intenta encontrar en el mundo, en sí mismo y en otros seres humanos, pero que sólo será hallado en Dios. El ejemplo de Salomón, como aquel varón que obtuvo todo lo que sus ojos podían desear, y aún mucho más, nos muestra que, al final de su vida, todo esto fue catalogado como vano, y sus ojos, cansados de lo vano, le instaban a volverse a Dios. La expresión ‘*gozo*’ implica también alegría y deleite. Toda persona, levemente analítica, entiende que eso es lo que realmente está buscando siempre detrás de toda acción.

“He aquí, tu amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.” (Sal. 51:6). David obtenía esta plena delicia y gozo en la presencia del Señor a través de su vida de oración íntima y secreta. Esto es algo que todo cristiano está llamado a disfrutar. Realmente, sólo una persona con esta característica podía ser alguien conforme al corazón del Señor, y ser el ideal para ser escogido como rey de Israel.

El caso de Elías

“Entonces Elías tisbita, que era de los moradores de Galaad, dijo a Acab: Vive Jehová (YHWH) Dios de Israel, en cuya

presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra.” (1 R. 17:1). Los moradores de Galaad eran conocidos como rudos y toscos. Tal vez Elías no cumplía con las características “aceptables” para hablar en nombre de Dios. Al presentarse delante de cualquier rey, y no decir: “Viva el rey”, cualquier persona podía ser considerada digna de muerte. Elías, por su parte, no sólo no exaltó al malvado rey Acab, sino que ante su rostro y en presencia de los suyos, dijo: “*Vive Jehová (YHWH) Dios de Israel, en cuya presencia estoy...*” Elías, por tanto, era un varón que no sólo frecuentaba hablar con Dios en oración, sino que permanecía en Su Presencia por medio de ella. Si el cristiano desea gozar de la delicia de estar en la presencia de Dios, no podrá obtenerla, sino sólo por medio de la oración continua o permanente.

Podría atribuirse, pues, a Elías un carácter sublime, único y escaso (y ciertamente lo es); sin embargo, la Escritura nos dice: “*Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.*” (Stg. 5:17-18). La expresión “*pasiones semejantes a las nuestras*” lo hace similar a un hombre cualquiera, quien siendo rudo y tosco, logró estar y permanecer en la presencia de Dios. Fue así una poderosa herramienta para volver el corazón de una nación idólatra (Israel) a los pies del único Dios verdadero. Elías trajo el fuego del Cielo, porque él supo permanecer primero ante éste hasta ser consumido en unanimidad con Dios, a través de la oración permanente.

El caso de Moisés

“*Vé y díles: Volveos a vuestras tiendas. Y tú quédate aquí conmigo, y te diré...*” (Dt. 5:30-31). Para un lector sensible, ésta es sin duda una de las palabras más asombrosas de la relación de Dios con Moisés; teniendo en cuenta el contexto en que estas palabras fueron dichas, Moisés bien pudiera haberse alejado a su tienda y descansar. Sin embargo, el Señor tenía todavía mucho más para Moisés. Mientras los otros estaban descansando, Dios podía exigir a Moisés “*Quédate aquí conmigo*” ¡Oh privilegio! La intimidad entre Moisés y el Señor era deleitosa para ambos, y condujo a Moisés a oírle decir: “*... y te diré...*” Por eso la Escritura enseña: “*Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras.*” (Sal. 103:7).

Todo Israel fue testigo de las obras del Señor, todos fueron amados y provistos por Dios, pero sólo a uno le fueron notificados “*sus caminos*”, y este uno fue heredero, no de tierra, sino, al igual que Aarón, de Dios mismo. “*Me postré, pues, delante de Jehová (YHWH); cuarenta días y cuarenta noches estuve postrado...*” (Dt. 9:25). “*Y yo estuve en el monte como los primeros días, cuarenta días y cuarenta noches; y Jehová (YHWH) también me escuchó esta vez...*” (Dt. 10:10).

La mayoría de cristianos, tristemente, no pueden estar postrados a los pies del Señor ni siquiera cuarenta minutos; en estos pasajes vemos que Moisés permaneció “*postrado*” en aquellas ocasiones en el monte en la presencia del Señor. Este es el principio del inicio de la oración permanente. En la medida en que el cristiano es celoso de su tiempo de oración y éste cada vez va aumentando más y más, el Señor

puede llegar a decirle: “*Quédate aquí conmigo*”, y comenzará un proceso por medio del cual, aun después de haber dicho el “Amén” de la oración matutina, la oración y la comunión en adoración delante de Dios seguirán durante todo el día. Las diferentes acciones del día serán hechas para el Señor, y juntamente con Él, como las obras que Él preparó de antemano para gloria del Padre. Seguidamente, se dará cuenta más rápidamente de los ataques y distracciones del maligno. La conciencia de la permanencia del Espíritu Santo en la vida de tal hombre o mujer, le hará mucho más cercano a Dios, y después le será imposible olvidar que Él es su eterna compañía. Y, sin darse cuenta, cuando se presente delante de los hombres, el rostro de este bienaventurado resplandecerá: “*Y aconteció que descendiendo Moisés del monte Siná... no sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios.*” (Ex. 34:29).

El Señor Jesús

“*Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba.*” (Mr. 1:35). “*En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios*” (Lc. 6:12). Lo que lograron David y Elías, Moisés y todo varón y mujer no mencionados aquí, lo hicieron porque el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesucristo, les guió, ayudó y enseñó. Por tanto, la perfecta expresión de la continua e ininterrumpida oración se encuentra en el Hijo de Dios, el Señor Jesús.

Es cierto que David, Elías, Moisés y muchos más fallaron y, en algún momento, no mantuvieron este precioso privilegio y esta grandísima responsabilidad, pues, ciertamente,

no hay nada a lo cual se oponga Satanás con tanto esmero, como a la verdadera y continua oración. Esta oración deshace como cera sus obras ante la presencia del fuego consumidor; además, aviva los corazones de los hombres y glorifica el nombre del Señor. Ellos y nosotros fallamos, pero el Señor Jesús nunca falló. Fue tentado por Satanás precisamente para tratar de lograr separar las voluntades, eternamente fundidas, del Padre y del Hijo, pretendiendo que Éste obrase por Su propia cuenta. Sólo aquel que está en la continua oración y conciencia de la presencia y habitación de Dios en su vida, es el que vence en todo. El Señor fue ejemplo de esto para todos nosotros.

Las palabras de Jesús a Nicodemo, a la mujer samaritana o a los fariseos, nos muestran que Él no tenía un libreto o un método; Él contaba con la palabra precisa, en amor, reprensión o en ternura, pues lo que hablaba era lo que oía del Padre, y el oír al Padre lo hacía permanentemente (Jn. 12:49; 5:19). ¡Cuán deleitoso es percibir en Jesús a Dios! Sus miradas, Sus palabras, Sus silencios, y cada obra eran el producto de oír y ver a Su Padre, quien, a su vez, se deleitaba en la perfecta expresión de Sí Mismo en Su Hijo. Es exactamente eso lo que Dios anhela para con todos sus santos, para lo cual les ha suministrado el Espíritu Santo de la continua comunión del Padre con el Hijo; el Espíritu que contiene la plenitud de Dios y que nos capacita y nos lleva a vivir una vida como la de Jesús; o, mejor aún, dejar vivir al Hijo del mismo modo como vivió acá en la Tierra, pero ahora en Sus muchos hijos, y esto a través de la deleitosa vida de oración continua.

En la historia de la Iglesia

A lo largo de la historia de la Iglesia, Dios se ha provisto de hombres y mujeres que llegan a un punto de experimentar la oración permanente (despojándose de sí mismos), la cual permite la magnífica expresión del Tesoro Divino en medio de los frágiles vasos de barro. Algunos hermanos han llegado a ser conocidos por los hombres, otros sólo por los cielos. Sin embargo, entre aquellos que han destacado por la profundidad de su experiencia en la intimidad con Dios, encontramos, entre otros, los siguientes:

Jeanne Marie Bouvier de la Motte Guyon, más conocida como Madame Guyon: Es considerada una de las personas que más ha logrado influenciar a los cristianos con ese anhelo de adentrarse en las profundidades de Jesucristo.

François de Salignac de la Mothe, conocido como François Fénelon. Sus cartas recopiladas demuestran un nivel de madurez tal que muy pocos cristianos han alcanzado en la historia.

Nicolas Herman, más conocido como el Hermano Lawrence. Mencionemos también: David Brainerd, E.M. Bounds, George Müller, Andrew Murray, Frank Charles Laubach.

La lista continúa y también sus vidas transformadas y transformadoras; todos débiles en sí mismos, pero poderosos en Dios. Todos con algo en común: No descansaron hasta experimentar y mantener la comunión que el mismo Señor Jesús gozaba con el Padre.

Consejos prácticos para alcanzar la oración continua

Muchos cristianos suspiran viendo el nivel espiritual de los grandes hombres y mujeres de Dios en la historia, pero nunca consideran que pudiera ser algo alcanzable en sus vidas. He aquí unos consejos prácticos que ayudarán al creyente a alcanzar este tipo de oración:

1. Anhelarlo: Si no se anhela, por demás es mencionar cualquier otro punto. “*Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová (YHWH)...*” (Sal. 84:2). Dios conoce nuestra debilidad, pero un ardiente deseo, anhelo, dará paso a Su superabundante gracia.

2. Tratar drásticamente el pecado: La permisividad en la vida del creyente ante cosas que sabe que no agradan a Dios, será siempre un tropiezo para experimentar el gozo de la continua oración. “*Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado.*” (Sal. 66: 18).

3. Aumento de la oración temporal: Entre más ore el cristiano, más deseo tendrá de orar. Se hace necesario vencer, por el Espíritu, la resistencia que levanta la carne, el mundo y Satanás. Un hombre de Dios decía: “Cuando no puedo orar, oro hasta que pueda orar, y luego oro hasta que haya orado”. “*En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba.*” (Sal. 109:4). El contexto del Salmo es tremendo, lo más probable es que en esa situación nadie quisiera orar. Sin embargo, David dice: “*mas yo oraba*”, expresión que implica “continuamente oraba”.

4. Fe: La oración sin fe es lo mismo que no orar. Por tanto, la lectura de la Escritura, la cual aumenta nuestra fe, es un requisito indispensable para llegar al deleitoso punto de no querer dejar de orar. “...*Porque en tu palabra he esperado.*” “...*Porque tu ley es mi delicia.*” “...*Pero yo meditaré en tus mandamientos.*” (Sal. 119:74, 77, 78). Entre más se lea la Palabra de Dios, más eficaz y permanente será la oración.

Conclusión

Vivir en el gozo de la presencia permanente de Dios, a través de la continua oración, es lo que cumple el propósito de la existencia del hombre.

Todo lo demás ocuparía su lugar si nos dedicáramos de corazón a esta gran labor y este gran privilegio.

Anónimo

.....

“Nunca nos irá bien del todo hasta que convirtamos el universo en un recinto de oración, y sigamos en el Espíritu al ir de un lugar a otro.”

G. Bowen

“En resumen: Recuerda siempre la presencia de Dios; gózate siempre en la voluntad de Dios; y haz todo para la gloria de Dios.”

Arzobispo Leighton

“Debes dedicarte a orar, a fin de poder entregarte enteramente en las manos de Dios, con resignación perfecta, realizando un acto de fe... y procurando durante un día entero, un año entero y tu vida entera, continuar con aquel primer acto de contemplación, por fe y amor.”

M. Molinos

“Oh, hermano, ora; a pesar de Satanás, ora; dedica horas a la oración; mejor descuida a tus amigos que a la oración; mejor ayuna, y piérdete el desayuno, el almuerzo, té y cena — y el sueño también — que perderte la oración. Y no debemos hablar de la oración, debemos orar con toda intensidad.”

A. A. Bonar

“La lección principal en cuanto a la oración es simplemente ésta: ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¿Quieres que te enseñen a orar? Mi respuesta es: Ora y nunca desmayes, y entonces nunca fracasará. No hay ninguna posibilidad de que suceda. No puedes fracasar... Un sentido de verdadera necesidad es la raíz misma de la oración.”

John Laidlaw

“La oración es el medio por el cual obtenemos todas las gracias que se derraman sobre nosotros de la Fuente Divina de Bondad y Amor.”

Lawrence Scupoli

LA HISTORIA PERTENECE A LOS INTERCESORES

“...La oración eficaz del justo puede mucho.”(Santiago 5:16)

La oración es un privilegio que Dios concede, por Su gracia, a los hombres. Agustín de Hipona dijo que “la verdadera y completa oración no es otra cosa sino amor”. No obstante, la oración también es una responsabilidad que debemos abrazar por la gracia y elevarla al nivel de intercesión. Necesitamos comprender que es la oración intercesora la que hace girar las ruedas de la obra de Dios.

En el Antiguo Testamento, aunque millares de personas sirviesen a Dios en el tabernáculo, sólo el sumo sacerdote tenía el privilegio de entrar en el Lugar Santísimo, una vez al año solamente, y allí interceder por él y por los hombres. Había un velo que separaba al hombre del Lugar Santísimo. Nadie más tenía este privilegio. Pero ahora, en el tiempo de la gracia, podemos entrar con confianza en el santuario de la presencia de Dios por la sangre de Jesús. Cuando Jesús murió en la cruz, Su carne fue traspasada, y así se rasgó el velo que nos separaba de Dios. Ahora, en Cristo, un nuevo y vivo camino fue abierto para tener comunión ininterrumpida con Dios, como Padre (He. 10:19-20).

La oración es un privilegio inmerecido. Por el Evangelio, Dios transforma a enemigos destinados a la condenación

eterna, en amigos, y nos extiende a nosotros, por gracia, Su comunión. No obstante, la oración es también una responsabilidad, porque, como dijo John Wesley (teólogo): “Dios nada hace, a no ser en respuesta a la oración”. La obra de Dios avanza cuando Sus hijos interceden. Dios es Todopoderoso, pero decidió que Sus hijos sean Sus colaboradores por medio de la intercesión.

El teólogo William Blake afirmó que la tarea de la vida es aprender a soportar las “cargas de amor de Dios”. Es lamentable que la mayoría del pueblo de Dios conozca solamente la oración como un privilegio, pero descuiden su responsabilidad como intercesores. Según el teólogo Richard Foster, “al pasar de la petición hacia la intercesión, estamos transfiriendo nuestro centro de gravedad, antes situado en aquello que precisábamos, hacia la necesidad y la preocupación del prójimo. La oración de intercesión es la oración altruista... En la obra continua de Dios, nada es más importante que la oración de intercesión”.

La mayoría disfruta de los privilegios de la oración, pero huye de la responsabilidad de llevar el peso de la causa del Señor por la agonía de la intercesión. Su momento de oración está perfumado con el aroma suave de la alabanza; pero, ¿dónde está el sudor y el llanto de un corazón desgarrado por los gemidos del Espíritu Santo?

Es una bendición disfrutar del privilegio de la oración, pero debes aprender a golpear las ventanas del Cielo con tormentas de intercesión, para que ellas se abran y se rompan en olas de avivamientos en la Tierra. Los hombres y mujeres que

cambiaron la historia aprendieron a ir más allá de la oración como privilegio, al punto de transformarla en intercesión por el peso de la responsabilidad espiritual. El teólogo francés Juan Calvino aprendió que “debemos repetir una súplica no dos o tres veces, sino cuantas veces precisemos, centenas, millares de veces... No podemos cansarnos de esperar la ayuda de Dios”.

Toda la Iglesia debería comprender que fue llamada para el ministerio de la oración intercesora. Dice Jesús: “*Mi casa será llamada casa de oración*” (Mr. 11:17). En palabras del teólogo Dietrich Bonhoeffer: “La oración de intercesión es el baño purificador en el cual el individuo y la comunidad deben pasar todo el día”.

Nuestro mayor ejemplo de vida de oración: Jesús

Jesús mismo es nuestro mayor ejemplo. Aun siendo Dios, ejerció Su ministerio como Hijo del Hombre, por eso vivía en oración. Al ser introducido en el ministerio, Lucas, en su Evangelio, resalta que Él oraba mientras era bautizado y, mientras oraba, el cielo se abrió. A continuación, fue conducido por el Espíritu hacia el desierto, donde ayunó y oró por cuarenta días. Hacía parte de su estilo de vida retirarse hacia lugares desiertos y pasar horas en oración (Mr. 1:35; Lc. 5:16). Él pasó una noche en oración antes de elegir a Sus doce discípulos (Lc. 6:12-13). También oró por los niños (Mt. 19:13-15). Llevó Sus tres discípulos más íntimos al Monte de la Transfiguración con el propósito de orar y, mientras oraba, se transfiguró delante de ellos (Lc. 9:28-29). Él intercedió por Pedro ante la embestida de Satanás (Lc.

22:31-32); oró para resucitar a Lázaro (Jn. 11:41-42); intercedió por Sí mismo, por los discípulos y por todos los que, posteriormente, vendrían a creer en Él (Jn. 17:20). En el Monte de los Olivos, antes de ir a la cruz, intercedió tan intensamente que, en profunda angustia, Su sudor caía en la tierra como gotas de sangre (Lc. 22:39-44). Él intercedió mientras estaba en la cruz (Lc. 23:34), cumpliendo la profecía de que intercedería por los transgresores (Is. 53:12). Él comienza y termina Su ministerio en profunda oración; e incluso en la gloria, vive para interceder por los suyos, y por eso estamos de pie.

Hombres que cambiaron la historia debido a la intercesión

Todos los hombres y mujeres que anduvieron con Dios hicieron de la oración la cosa más importante de su vida. E. M. Bounds, el llamado ‘apóstol de la oración’, escribió: “Mucha oración es la señal y sello de los grandes líderes de Dios”.

Martín Lutero (1483-1546) declaró: “Tengo tanto que hacer que no consigo continuar sin pasar tres horas diarias en oración”. Él mantenía el lema: “Aquel que ora bien, estudia bien”.

John Knox (1514-1572) acostumbraba a pasar noches en oración intercediendo a Dios: “¡Dame Escocia, si no moriré!” La reina María, “la sangrienta”, temía más a sus oraciones que a un ejército con diez mil hombres armados. Dios entregó Escocia a Knox. Dios cambió la historia de Escocia usando a Knox como Su intercesor por ella.

John Wesley (1703-1791) anotó en su diario, el día 01/01/1739: “Alrededor de las tres de la mañana, mientras continuaba en oración, el poder de Dios vino poderosamente sobre nosotros, de tal manera que muchos gritaban de excesiva alegría y muchos cayeron al suelo. Tan pronto como nos recuperamos un poco de tal desconcierto en la presencia de Su Majestad, irrumpimos a una sola voz: Nosotros oramos a Ti, oh, Dios; reconocemos que Tú eres el Señor”. Wesley era un hombre de oración. Por medio de su encendida predicación se inició un fuerte avivamiento que arrastró a Inglaterra hacia Dios, y la libró del paganismo.

Todos los grandes ganadores de almas fueron personas de mucha oración... ¡Y de oración poderosa! Y todos los grandes avivamientos fueron precedidos y llevados a cabo por la perseverancia de aquellos que prevalecieron en oración.

David Brainerd (1718-1747), que padecía tuberculosis, acostumbraba a acostarse de noche en el frío suelo, envuelto en una piel de oso, escupiendo sangre a causa de su enfermedad, intercediendo ante Dios para salvar a los indios. Él oró: “Oh, que pueda ser yo una llama ardiente al servicio del Señor. Heme aquí, Señor, envíame a mí; envíame a los confines de la tierra... Envíame lejos de todo lo que pueda ser llamado consuelo terrenal; envíame hacia la propia muerte si fuere a tu servicio y para promover tu Reino”. Dios lo oyó y lo envió a los indios; él convirtió criaturas paganas por millares. Su suegro, Jonathan Edwards, publicó su biografía, la cual merece ser leída de rodillas, ya que sirvió de inspiración a innumerables misioneros, tales como Willian Carey y Jim Elliot.

Jonathan Edwards (1703-1758) fue reconocido como el principal filósofo nacido en los EEUU, y reputado como uno de los mayores pensadores cristianos de la historia de la Iglesia. Él reunía erudición y piedad, y fue, al lado de Wesley, un instrumento poderoso en el período del Gran Despertar en la Inglaterra del siglo XVIII. La historia nos cuenta que la noche anterior al maravilloso sermón que dio inicio al avivamiento que sacudió grandemente a Nueva Inglaterra, él y algunos otros pasaron la noche en oración. Desde el día en que comenzó a predicar, cuando muchacho, hasta la hora de su muerte, él no conoció un decaimiento de la pasión. Hasta el fin de su notable carrera, su alma fue un horno de celo ardiente por la salvación de los hombres. El teólogo Richard Foster dice de ellos: “Para estos descubridores de la frontera de la fe, la oración no era un hábito menor, anexado a la periferia de la vida: *era* la vida de ellos. Era el trabajo más importante de sus años más productivos”.

Charles Finney (1792-1875) acostumbraba a orar hasta que comunidades enteras fuesen tocadas por el Espíritu de Dios y los hombres no pudiesen resistir más la poderosa influencia. Cierta vez, quedó tan abatido por su trabajo, que sus amigos lo enviaron al Mar Mediterráneo para descansar. Pero él estaba tan preocupado por la salvación de los hombres que no consiguió descansar y, a la vuelta, su alma llegó a angustiarse orando por la evangelización del mundo. Finalmente, la angustia de su alma se volvió tan grande que él oraba todo el día, y sólo paraba por la noche cuando recibía una seguridad profunda de que Dios efectuaría la obra.

Al llegar a Nueva York, Finney predicó sus “Discursos sobre Avivamiento”, que fueron publicados en su País y en el extranjero, y resultaron en avivamientos por todo el mundo. Después, sus escritos fueron a parar a manos de Catherine Booth (1829-1890), cofundadora del “Ejército de Salvación” (junto a su marido William Booth), y la influenciaron poderosamente, tanto que el “Ejército de Salvación” fue, en parte, una respuesta de Dios a sus intercesiones.

Andrew Murray (1828-1917), pastor y escritor cristiano, resaltó: “Jesús no enseñó a Sus discípulos cómo predicar, sino cómo orar”. Murray creció oyendo a su padre intercediendo para que Dios enviara un avivamiento a África del Sur. Su padre no le enseñó a predicar, pero heredó su vida de oración como estilo de vida. Él también pasó a orar por un avivamiento. En 1860, Dios envió un avivamiento a la iglesia donde Murray pastoreaba, y el fuego se propagó por muchas partes. Millares de personas fueron salvas. Él sintió el peso de la palabra del Maestro cuando experimentó que: *“La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos...”* (Lc. 10:2). Entonces, Murray pasó a orar y trabajar para que Dios enviase obreros. Él creció bajo la línea teológica reformada holandesa, pero su ministerio fue transformado y avivado después de ser curado de una enfermedad en la garganta que lo tuvo callado cerca de dos años, y también después de haber experimentado avivamientos. Él escribió cerca de 240 obras de forma devocional para ayudar a los cristianos a conocer y a buscar a Dios. Su obra “Con Cristo en la Escuela de Oración” es reconocida como uno de los clásicos sobre la oración.

John Hyde (1865-1912), además de tímido y débil, no tenía talento para ser un gran predicador. No obstante, adoptó la vida de oración como su ministerio de forma tan intensa, que fue reconocido como *'el hombre que oraba'*. Él dejó el confort de los Estados Unidos, y fue misionero cerca de veinte años en la India. En 1910, su ministerio de intercesión trajo un avivamiento, y cerca de cien mil almas entregadas a Cristo coronaron su carrera.

Yo casi no me acuerdo de las predicaciones que oí en mi juventud, pero me acuerdo del frescor de la unción de Dios cada vez que leí (cerca de veinte veces), la pequeña biografía de John Hyde. Así fui inspirado a practicar la oración, y eso me sustentó en mis primeros años de fe.

Rees Howells (1879-1950) es reconocido como *'El Intercesor'*, título de su maravillosa biografía escrita por Norman P. Grubb. Rees no fue un predicador famoso, no obstante, por medio de su ministerio de intercesión, Dios realizó intervenciones milagrosas en su generación. Después de volver de África, donde fue intercesor por los avivamientos, Dios lo dirigió (sin tener Howells dinero) a comprar varias propiedades, para inaugurar un instituto bíblico, un hogar para hijos de misioneros y una escuela para la educación de dichos niños. Dios colocó sobre sus hombros el peso de naciones y la visión de llevar el Evangelio a toda criatura. Habiendo luchado en solitario en la intercesión, ahora Dios lo llamaba para levantar una compañía de intercesores.

En uno de los períodos más oscuros de la humanidad, un grupo de casi cien personas intercedió diariamente durante

la Segunda Guerra Mundial (1939 a 1945). El objetivo era resistir al espíritu maligno que, usando a Hitler, quería cerrar el mundo al Evangelio. Ellos creían que Dios iba a juzgar a Hitler, como lo hizo a Faraón en Egipto. “Señor, dobla la voluntad de Hitler”, oraban. La historia nos cuenta que la fuerza aérea alemana ya había hundido varios buques de guerra, y la expectativa de los ingleses era conseguir retirar apenas 30.000 hombres antes del asedio final de las fuerzas terrestres. Así que, el primer ministro francés afirmó que “sólo un milagro podría salvarlos”. Ante el pánico que asolaba Europa, cuando los ingleses no tenían ya más reservas para resistir a los ataques alemanes, Hitler y su ejército, sin explicación lógica, se retiraron. Winston Churchill, Primer Ministro del Reino Unido, reconoció que tal liberación fue, de hecho, una intervención divina.

La vida de intercesión de Howells, y sus colaboradores, demuestra que la historia del mundo está en manos de los intercesores, y eso es un estímulo para todos nosotros. Como bien dijo Hudson Taylor: “Cuando trabajamos, nosotros trabajamos; cuando oramos, Dios trabaja”.

Evans Robert (1878-1951) fue el instrumento usado por Dios para iniciar el reavivamiento de Gales entre 1904 y 1905. En 1891, con apenas trece años, Roberts comenzó a orar por dos cosas importantes: para que Dios lo llenase con Su Espíritu y para que enviase el reavivamiento al país de Gales. Él invirtió toda su vida en el banco de oración. Dios respondió rompiendo las ventanas del cielo. De acuerdo con algunos estudiosos, el avivamiento en Gales fue uno de los mayores en la historia, dado el corto tiempo de duración y el impacto que causó, no

sólo en las regiones circunvecinas, sino también alrededor del mundo. Sin duda, fue uno de los grandes acontecimientos que vinieron a marcar significativamente el inicio del siglo XX.

Evans Roberts era un joven de 26 años cuando el avivamiento inició. El misionero Wesley Duewel (1916-2016), nos dice en su libro “El Fuego del Reavivamiento”: “Cuando las noticias del Avivamiento Galés se esparcieron alrededor del mundo, algunos de los grandes predicadores y líderes espirituales de la época vinieron a testimoniarlo. Algunos lo llamaron ‘el Pentecostés mayor que Pentecostés’. Muchos de los líderes pensaron que podían dar dirección y liderazgo a este nuevo movimiento, pero nadie puede liderar ante la clara presencia y control del Espíritu Santo”. El escritor cristiano Rick Joyner también comentó: “El gran conocimiento y la elocuencia se doblaron al amor y devoción pura... Uno de los grandes predicadores de aquella época, G. Campbell Morgan, declaró que él cambiaría todo su estudio por una parte de la presencia de Dios que acompañó a estos muchachos”.

Martyn Lloyd-Jones (1899-1981), es considerado por muchos el más importante predicador del siglo XX y minucioso expositor de la Palabra. No obstante, su esposa dijo: “Nadie entenderá a mi marido hasta que reconozca que él es, primeramente, un hombre de oración y, luego, un evangelista”.

Charles Spurgeon (1834-1892), el ‘príncipe de los predicadores’, atribuía su éxito en el ministerio a las oraciones de la iglesia que pastoreaba. Él dijo: “Yo preferiría enseñar un hombre a orar, que diez hombres a predicar”.

Frecuentemente, nos preguntan: ¿Por qué tenemos pocos milagros hoy y la obra de Dios anda tan lentamente? Una de las respuestas, ciertamente, nos la dio E. M. Bounds: “Dios quiere hombres consagrados, porque ellos pueden orar y van a orar... De la misma forma que los hombres que no oran embarran Su camino, lo perjudican e impiden el éxito de Su causa; los hombres no consagrados son también inútiles para Él, y le impiden poner en práctica Sus planes y ejecutar Sus nobles propósitos...” Con él coincide Andrew Murray cuando afirma: “¿Cuál es la razón de que muchos obreros cristianos en el mundo no tengan una influencia mayor? Nada, excepto la falta de oración en su servicio... Nada, excepto el pecado de la falta de oración es la causa de la falta de una vida espiritual poderosa”. Murray apunta a la misma dirección cuando dice: “El hombre que moviliza la iglesia cristiana para orar estará dando la mayor contribución para la historia de la evangelización del mundo”.

Lamentablemente, la falta de oración es una de las mayores debilidades del pueblo de Dios en este tiempo del fin. Satanás ha usado muchas distracciones para mantenernos apartados de la oración. Samuel Chadwick (1860-1932), ministro y escritor cristiano, dijo: “Él (Satanás) no teme los estudios bíblicos, ni el trabajo, ni la religión de aquellos que no oran. Él se ríe de nuestro trabajo, se burla de nuestra sabiduría, pero tiembla cuando oramos”.

¿Cómo está tu vida de oración? ¿Has luchado con Dios para elevar tu oración al nivel de la intercesión? ¿Tienes compañeros de intercesión? Dios nos llama para interceder. Y “cuanto más intercedemos”, dijo Wesley L. Duewel, “tanto

más íntimo es nuestro andar con Cristo, y tanto más fuertes nos volvemos por el poder del Espíritu”. ¡Oremos! “...*La oración eficaz del justo puede mucho.*” (Stg. 5:16).

Recuerda: ¡La historia pertenece a los intercesores!

Gerson Lima

Traducción: Juan A. Martínez Contreras

.....

El adorno del cristiano aquí en la Tierra es su santidad, su piedad, su perseverancia. Si algunos tuvieran un poquito más de piedad, no necesitarían ropa tan llamativa; si tuvieran un poquito más de santidad para motivarlos, no tendrían ninguna necesidad de estar siempre adornándose. Los mejores aretes que una mujer puede lucir son los aretes de escuchar la Palabra con atención. El mejor anillo que nos podemos poner en un dedo es el anillo que el padre le puso en el dedo al hijo pródigo cuando Dios lo trajo de regreso; y el mejor vestido que podemos jamás usar es uno confeccionado por el Espíritu Santo, el vestido de una conducta consecuente. Pero es asombroso ver que mientras tantos se preocupan por adornar este pobre cuerpo, tienen muy pocos ornamentos para su alma ¡Se olvidan de vestir su alma!”

C. H. Spurgeon

Si somos livianos con la Palabra de Dios, lo seremos en todos los aspectos de la vida cristiana.

Pablo David Santoyo

GEORGE MÜLLER

“Hubo un día en el que morí... Morí a George Müller, sus opiniones, preferencias, gustos y voluntad; morí para el mundo, su aprobación o censura; morí para la aprobación o las acusaciones incluso de mis hermanos y amigos, y desde entonces sólo tengo que mostrarme aprobado por Dios”.

Por la fe Abel... Por la fe Noé... Por la fe Abraham... (He. 11). Así es como el Espíritu Santo cuenta las increíbles proezas que Dios hizo por intermedio de los hombres que osaron confiar únicamente en Él. Se podría decir que, en el siglo XIX, fue añadido lo siguiente a esa lista: “Por la fe George Müller erigió orfanatos, alimentó a millares de huérfanos, predicó a millones de oyentes alrededor del mundo y ganó multitud de almas para Cristo”.

Charles Spurgeon, contemporáneo de Müller, dijo lo siguiente en uno de sus sermones: “La gente dice que el señor Müller, de Bristol, es entusiasta, porque reúne a setecientos niños y cree que Dios dará la provisión para ellos; aunque no haya nada en la bolsa, a menudo, él cree que la provisión vendrá. Mis queridos hermanos, él no es un entusiasta; él sólo hace lo que debería ser la acción común de cada cristiano... No actúa conforme al sentido común, sino conforme a algo más elevado que el sentido común: la fe poco común”.

Del robo a la confianza en Dios

Más conocido como George Müller de Bristol, nació el 27 de septiembre de 1805 en Kroppenstedt (Prusia). Su padre era un incrédulo, y George creció siendo mentiroso y ladrón, según su propio testimonio. Su madre murió cuando él tenía 14 años, y no registra ningún impacto que esta pérdida tuvo en él, excepto que mientras ella moría, él, “medio ebrio”, deambulaba por las calles con sus amigos. Siguió viviendo una vida obscena, y luego, cuando tenía 16 años, se encontró en prisión por robar. Su padre pagó para sacarlo, lo golpeó y lo llevó a vivir a otro pueblo (Schoenbeck). Müller usó sus habilidades académicas para ganar dinero dando clases particulares en latín, francés y matemáticas. Finalmente, su padre lo envió a la Universidad de Halle para estudiar teología y prepararse para el ministerio, porque eso sería una buena vida; sin embargo, ni él ni George tenían aspiraciones espirituales.

No obstante, a los 20 años de edad se produjo una completa transformación en la vida de ese joven. Asistió a un culto donde los creyentes, de rodillas, imploraban a Dios que hiciese caer Su bendición sobre la reunión. Nunca se olvidó de aquel culto en que vio por primera vez a los creyentes orando de rodillas; quedó profundamente conmovido con el ambiente espiritual, al extremo de querer buscar él también la presencia de Dios, costumbre esa que, luego, no abandonó por el resto de su vida. Él solía decir:

“Yo estaba feliz; aunque, si alguien me hubiese preguntado por qué, yo no hubiese podido explicarlo claramente... Esa tarde fue un punto de cambio en mi vida”.

Inmediatamente después de abandonar su vida de vicios para dedicarse a Dios, Müller llegó a reconocer el error, más o menos universal, de leer mucho acerca de la Biblia, pero casi nada de la Biblia. Este Libro pasó a ser la fuente de toda su inspiración y el secreto de su maravilloso crecimiento espiritual. Él dijo:

“El resultado fue que, cuando la primera noche cerré la puerta de mi cuarto para orar y meditar sobre las Escrituras, aprendí más en pocas horas, que todo lo que había aprendido antes durante varios meses.”Y añadió: “La mayor diferencia, sin embargo, fue que recibí de esta manera la verdadera fuerza para mi propia alma”.

Aprendiendo a esperar en Dios

En junio de 1828 fue aceptado provisionalmente en la Sociedad Misionera de Londres. Al año siguiente tuvo una gran debilidad en su cuerpo, una enfermedad, que requirió que fuese al pueblo de Teignmouth para recuperarse, en el condado Devon, al sudoeste de Inglaterra. Allí, en una pequeña capilla llamada Ebenezer, Müller fue impulsado a su labor misionera, llevándolo a confiar por completo en el Señor. Como escribió décadas más tarde:

“Aquí está el gran secreto del éxito (ministerial). Trabaja con todas tus fuerzas; pero no confíes en lo mínimo en tu trabajo. Ora con todas tus fuerzas por la bendición de Dios; pero trabaja, al mismo tiempo, con toda diligencia, con toda paciencia, con toda perseverancia. Ora entonces, y trabaja. Trabaja y ora... Y hazlo así todos los días de tu vida”.

Debido a diferencias con la Sociedad Misionera en Londres, por la manera en que la Sociedad contraía deudas (las cuales él consideraba como una violación de lo escrito en Romanos 13:8), Müller se separó de ella en 1830.

Dependiendo de Dios por las finanzas

Unas pocas semanas después de casarse con la señorita Mery Groves, los dos decidieron que él debería dejar de recibir un salario. Se puso en la capilla una caja, en la cual la gente podía depositar sus ofrendas para él. A veces las ofrendas eran muy escasas. Y otras veces, los que administraban el dinero de la caja, tardaban en dárselo a tiempo. Pero Dios contestó sus fervientes oraciones, impresionando a algunos de la congregación al darles Müller comida o dinero, satisfaciendo de esa manera sus necesidades, y animándoles en la fe. Ellos dos fueron diligentes para no contraer deudas, escogiendo más bien el vivir sin ellas. Además, deseaban dar testimonio de su plena confianza únicamente en el Dios Viviente. George escribió al respecto:

“Esta manera de vivir, con frecuencia ha sido el medio por el cual la gracia ha vuelto a reanimar mi enfriado corazón, y me ha restablecido en el Señor después de un tiempo de reincidencia. Porque no es tolerable, ni puede uno vivir en el pecado y, a la vez, mantener la comunión con Dios, para conseguir de los cielos todas las necesidades de esta vida presente. A menudo, una nueva respuesta a mi oración, cuando la obtuve de esta manera, me reanimó el alma y me llenó de mucho gozo”.

A veces, ellos tuvieron que orar para que Dios les supliese la cena, mientras le daban gracias por el almuerzo. Y algunas veces Dios usaba los donativos de los pobres, pequeñas donaciones, pero preciosas... quizás una hogaza de pan...

Al cumplir el primer año de vivir sin sueldo, ellos descubrieron que habían recibido más de lo que solían ganar recibiendo el sueldo. George dijo: “No he servido a un Maestro cruel, y eso es lo que me da gozo de demostrarlo”.

Después de un poco más de dos años en Teignmouth, fue guiado a mudarse a Bristol. Dios bendijo su ministerio allí, y unas personas se convirtieron debido a su ministerio. Mucha gente pobre vino a sus puertas, y tuvieron oportunidades de ayudarlos de la manera como Dios les suplía, con pan. También establecieron una escuela para niños; a los estudiantes les leían las Escrituras y les hablaban del Señor.

Institución del conocimiento de las Escrituras

Después de varios años de ministerio fructífero en Bristol, con su colaborador, el hermano Craik, fueron guiados a establecer una institución misionera para difundir el Evangelio, dentro y fuera del País (Inglaterra). La misma sería conocida como “La Institución del conocimiento de las Escrituras”. Esta incluía una escuela dominical para niños, escuelas diarias para niños y, de igual manera, escuelas dominicales y escuelas nocturnas para adultos, en las que se les instruía con bases bíblicas. La Institución también trabajaba en la distribución de Biblias y tratados, y ayudaba a los misioneros en sus obras. Después de varios meses de operación, oyeron de un huerfanito, quien

había asistido a su escuela de plan diario, y se había afanado mucho por su alma a razón de las enseñanzas que había recibido allí. Pero el niño se puso muy triste cuando las autoridades de la ciudad le cambiaron de escuela, a una “casa de pobres”, lejos de la escuela. Eso tocó muy profundamente el corazón de Müller, y él deseó hacer algo para ayudar a los niños pobres.

Llamado a los huérfanos

En 1835, a la edad de 30 años, George fue guiado por Dios a establecer un hogar para huérfanos. Este fue un profundo sentido de su llamado. Le pareció que era mejor hacerlo mediante el establecimiento de una casa de huérfanos. Tenía que ser algo que pudiera ser visto, incluso, por el ojo natural:

“Ahora bien, si yo, un hombre pobre, simplemente por la oración y la fe, obtuviera, sin preguntarle a nadie, los medios para establecer y mantener una casa de huérfanos: habría algo que, con la bendición del Señor, podría ser fundamental para fortalecer la fe de los hijos de Dios, además de testimonio a la conciencia de los inconversos, de la realidad de las cosas de Dios. Esta, entonces, fue la razón principal para establecer la Casa de Huérfanos... El primer y principal objeto de la obra fue (y sigue siendo) que Dios pueda ser magnificado por el hecho de que los huérfanos bajo mi cuidado reciben todo lo que necesitan, sólo por la oración y la fe, sin que nadie se lo pida a mis compañeros obreros ni a mí, por lo cual se puede ver que Dios es Fiel todavía, y aún oye la oración”.

Esa fue la pasión principal y el objetivo unificador de su ministerio: vivir una vida y dirigir un ministerio de una manera que demuestre que Dios es real, que Dios es digno de confianza, que Dios responde las oraciones.

Su lista de oración

Müller no se avergonzaba de traer incluso los asuntos más pequeños al Señor en oración. En sus narrativas, él relata cómo, cuando fue establecido el primer orfanatorio, el oró por los ayudantes cristianos necesarios, por muebles y por muchos otros detalles, pero... ¡olvidó orar por niños que vinieran al orfanatorio! Al darse cuenta de esto, él entonces le pidió al Señor que enviara niños, y el hogar de huérfanos se llenó.

Al pasar el tiempo aprendió que Dios deseaba que él le diera mayor prioridad a las oraciones para ganar a otros, y comenzó a orar por la salvación de muchas personas. Él escribía nombres de personas en su lista de oración y las presentaba delante de Dios en oración, diariamente, hasta que ellos eran salvos. Aprendió que llevar fruto no era un asunto rápido. En algunos casos, sus oraciones fueron contestadas en corto tiempo, pero en otros, tomó mucho tiempo, incluso décadas. Entendió que, aunque nuestro Dios Salvador desea que todos los hombres sean salvos, Él espera hasta que oremos para salvar a algunos. En una oportunidad le preguntaron si pasaba mucho tiempo de rodillas, y él contestó:

“Varias horas todos los días. Pero vivo en espíritu de oración; oro al caminar, oro al acostarme y cuando me levanto”

to. Y las respuestas siempre siguen llegando. Mis oraciones han sido contestadas decenas de miles de veces. En cuanto estoy persuadido de que algo es correcto, sigo orando hasta que llega la respuesta. ¡Nunca me doy por vencido; lo más importante y principal es no darse por vencido hasta que llegue la respuesta!”

Aprendió la necesidad de perseverar en la oración. Su sentir era que demasiados creyentes comienzan a orar por asuntos, pero no continúan en la oración hasta obtener aquello que buscan de parte del Señor. Müller dijo:

“Una gran falta de los hijos de Dios es que no son persistentes en la oración. No es suficiente comenzar a orar, ni orar correctamente, ni es suficiente continuar orando por un tiempo; debemos continuar en la oración pacientemente, creyendo con fe hasta que obtengamos una respuesta, hace cincuenta y dos años que oro por dos hombres, hijos de un amigo de mi juventud. Todavía no se han convertido, ¡pero lo harán! ¿Cómo puede ser de otra manera? Está la promesa sin cambios de Jehová, y en eso confío.”

Fortaleciendo su fe

Müller insistía que no tenía el don de fe mencionado en 1 Corintios 12:9. Él decía que confiaba en las promesas de Dios con la gracia de la fe que todo creyente tiene. Además, enseñaba que Dios oye nuestras oraciones sólo por la obra de Cristo. Eso es clave en una vida que camina por fe. “No debes depender de tu propia dignidad y méritos, sino únicamente del Señor Jesús,

como motivo de aceptación ante Dios, por Su Persona, por Sus oraciones, por Sus obras, y por todo lo demás”.

Sus opiniones en cuanto a cómo fortalecer la fe eran las siguientes:

“Puesto que la fe es un don, uno lo tiene que pedir. *“Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces...”* (Stg. 1:17). La fe es fortalecida al leer cuidadosamente la Palabra de Dios y meditar en ella. Esto te enseñará que, aparte de ser un santo y justo Dios, Él es un Dios cariñoso, amante, benigno, soberano, misericordioso, potente, sabio y fiel, no solamente hábil para suplir nuestra necesidad, sino deseoso de cumplirlo.”

“Es necesario mantener un corazón recto y una buena conciencia. No debemos evitar las pruebas por las cuales nuestra fe recibe fortaleza. En tiempo de prueba, no debemos buscar por nuestras propias fuerzas la liberación, más bien debemos esperar en Dios y la liberación que viene de Él.”

Otros testimonios interesantes sobre George Müller

En una ocasión, su orfanato amaneció sin comida para, en ese momento, los más de mil huérfanos, y la desesperación se apoderó de todo el personal. Pero Müller dijo: “No le pido nada al hombre. Mi pacto es con Dios”. Entró en su habitación y oró: “Padre de los huérfanos, falta pan. En el nombre de Jesús. Amén”. Después de unos minutos, varios carros con pan pasaron por la puerta del orfanato, y el jefe dijo: “Sr. Müller, fui a entregar estos bollos a la familia real en el castillo, y di-

ieron que los bollos estaban demasiado horneados y, para no desperdiciarlos, decidimos dárselos al orfanato”. Müller dijo: “No fueron los panes los que pasaron el punto, sino Dios quien respondió nuestra oración y tuvo misericordia de nosotros”.

Una vez se encontraba cruzando el Atlántico, pues se dirigía a una conferencia en Canadá. La densa niebla era totalmente cegadora. Era difícil dirigir un barco en medio de tanta niebla, ya que podría chocar con otra nave. Se arrodilló al lado del Capitán y oró, pidiéndole a Dios que la niebla desapareciera. Cuando fueron a cubierta, el Capitán se veía asombrado, se quedó sin habla. La niebla había desaparecido completamente, y pudo llegar a Canadá sin contratiempos.

Refiriéndose a Müller, el pastor y escritor cristiano Andrew Murray dijo:

“Cuando Dios desea enseñarle nuevamente a Su Iglesia una verdad que no está siendo comprendida o practicada, Él lo hace, generalmente, levantando algún hombre que, en palabra y en acción, sea un testigo viviente de la experiencia de dicha verdad. Así que Dios ha levantado en el siglo XIX, entre otros, a George Müller, para que sea Su testigo de que verdaderamente Él es el Dios que escucha la oración. Yo no conozco ninguna manera en que las principales verdades de la Palabra de Dios con respecto a la oración, puedan ser ilustradas y establecidas más efectivamente, que con un repaso breve de su vida y de lo que relata en cuanto a sus experiencias en la oración”.

Respecto a lo anterior, cabe aclarar que, así como el testimonio de Müller, quien no le pidió nada a nadie, sino que

todo lo llevó a Dios en oración, no quiere decir que ejemplos de siervos como Hudson Taylor o Moody, quienes hicieron campañas para solicitar apoyo financiero en la obra del Señor, no sean bíblicos. Recordemos que el actuar de nuestro Dios se refleja de diferentes maneras, como lo escribe el apóstol Pablo a la iglesia en Corinto: *“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo.”* (1 Co. 12:4-6).

Muerte y legado

Durante su vida, este hombre fundó y dirigió una organización que brindó refugio a más de 10.000 huérfanos. También lideró el establecimiento de 117 escuelas que ofrecían educación cristiana a más de 120.000 niños. Pasaba horas en oración y lectura de la Biblia diariamente. En su vida leyó la Biblia más de 200 veces. Cuando un periodista le preguntó qué le gustaría hacer aún de rodillas, respondió: “Leer más de la Biblia, porque todavía sé poco de la excelencia de Cristo”.

Müller fue un hombre de oración hasta la muerte. Fue encontrado sin vida hincado en su habitación, el 10 de marzo de 1898, dejando como ejemplo su fe en la Providencia de Dios, teniendo pleno conocimiento y certeza en que Dios no desampara a los suyos.

Conclusión

Müller nos recuerda y nos reafirma que Dios es digno de toda nuestra confianza. Mi querido lector, ¿por qué no pe-

dirle que avive nuestra fe y nos use a nosotros también? Este camino de la fe está tan abierto para ti como para mí; a todos se nos invita y se nos manda que confiemos en el Señor. Te animo a que ores, ores fervientemente, aun cuando no tengas ganas de orar, y así puedas probar la dulzura de ese estado del corazón, en el que, mientras estás rodeado de dificultades y necesidades, todavía puedes estar en paz, porque sabes que el Dios vivo, tu Padre en el Cielo, se ocupa de ti, y te oye.

Recopilado por Luisa Cruz

Bibliografía:

“Biografías de grandes cristianos” – Orlando Boyer

“Héroes de la fe: Padre de Huérfanos. George Müller”

“Una hora con George Müller” / Chapel Library

www.desiringgod.org / www.coalicionporelevangelio.org

.....

“El peligro de la apostasía siempre estará presente si los hombres sólo reciben la verdad en sus mentes, pero no la aman en su corazón, ni se someten de buena gana a ella en sus voluntades”.

John Owen

El hombre de Dios es llamado a una vida solitaria; él va a encontrar pocos compañeros y... ¡muchos opositores! Pero esto no importa si Dios va con él.

Pablo David Santoyo

SOLTERÍA: DIFICULTADES, PROPÓSITO Y VENTAJAS

*“...El soltero se preocupa por las cosas del Señor,
cómo puede agradar al Señor...”*
(1 Corintios 7:32; LBLA)

Una de las cosas que más inquieta a la juventud son las expectativas en cuestiones sentimentales. La gran pregunta es: ¿Quién será la persona con la que compartirán sus vidas? Esta interrogante ocupa sus corazones porque Dios ha creado al hombre así. Fue Dios quien dijo en el Edén que no era bueno que el hombre estuviera solo, y fue Dios quien creó a Eva para que fuera la compañera de Adán. Por lo tanto, es genuino que los jóvenes tengan deseos de casarse, pero también es necesario comprender lo que hablan las Escrituras en cuanto a la soltería, para que nosotros, como pueblo del Señor, podamos abrazar una postura bíblica en este tema.

Para la cultura judía antigua, la soltería era impropia. Si un hombre estaba en edad para contraer matrimonio, y aún permanecía soltero, se cuestionaba su carácter, pues consideraban honroso que el hombre se casara y dejara descendencia. Por otro lado, los griegos creían que el celibato era para personas “super espirituales”, porque podían negarse a sí mismos a las necesidades físicas, como el placer sexual (propio del matrimonio).

En 1 Corintios capítulo 7, Pablo respondió interrogantes acerca del matrimonio y la soltería. Mientras unos creían que era malo estar casados, otros pensaban que era impropio el celibato. Pablo puso un equilibrio mostrando que las dos cosas son honrosas, tanto el matrimonio como la soltería. Sin embargo, en el capítulo 7 el apóstol da un lugar de preeminencia a la soltería. Es de suma importancia examinar este asunto, ya que, en la sociedad actual y, especialmente, en los círculos cristianos, los solteros son vistos de manera “extraña”; constantemente, los casados les presionan para que contraigan matrimonio, pero estas actitudes muestran ignorancia respecto de la soltería, pues ésta también es un regalo de Dios, un don. En este artículo abordaremos estos aspectos. Entonces, ¿qué dice la Biblia en cuanto a la soltería, y cuál es su propósito?

Conociendo la voluntad de Dios

La juventud es la etapa de la vida en la que más planes se hacen, se fijan metas y sueños a futuro, y esto no es malo; lo malo ocurre cuando se compara la vida propia con la de otros. Por ejemplo, si cierto hermano se casó a tal edad, se toma eso como regla, y cuando no ocurre igual, llega la frustración, y aumenta cuando el tiempo pasa y aún no llega el anhelado matrimonio. Por eso, es importante para todo creyente comprender cuál es la voluntad de Dios para su vida, pues no todos los casos son iguales. Hay personas que se casan a los 20 años, otros a los 30, otros a los 40, e inclusive a los 50. Pero lo realmente importante es: ¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida en particular? ¿Estoy pensando en Su voluntad realmente, o mi mente está ocupada sólo en

mi deseo de casarme? Cada cristiano, sin importar su edad o situación, debe procurar siempre vivir en sintonía con la voluntad de Dios, pues esto realmente es lo que satisfará su corazón. Debemos aprender a vivir confiando en lo que Dios ha determinado para nuestra vida, y disfrutar cada momento como Dios ha querido que lo vivamos; que nuestros corazones hallen la plenitud en Él, conociéndole y confiando en Su sabia Providencia.

Problemas y peligros de la soltería

La soltería tiene ciertas dificultades y peligros que pueden conducir al pecado, por lo cual es necesario estar conscientes de ellos, y conocerlos a la luz de la Biblia, a fin de tener las herramientas necesarias para hacer frente a cada situación exitosamente.

• Inmoralidad sexual

Dentro de los peligros y dificultades a los cuales se enfrentan los cristianos solteros, está la inmoralidad sexual. Una de las funciones del matrimonio es guardarnos de la fornicación: “... *pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido.*” (1 Co. 7:2). Dios dotó al hombre y a la mujer con la capacidad de sentir placer sexual, y éste debe ser disfrutado dentro del matrimonio. Por lo tanto, aquellos que no tienen el don de continencia sexual, van a estar constantemente batallando con esto. Para poder hacer frente a este asunto, el cristiano soltero que no tiene el don de continencia sexual, debe ser consciente de que “la soltería y el sexo son cosas que no pueden existir al mismo tiempo”,

como lo expresó el predicador Mark Dever. Eso quiere decir que la soltería debe ser un tiempo para someter los deseos sexuales al señorío de Cristo, pues Dios ha depositado dentro de los creyentes un Espíritu de amor y de dominio propio. Entonces, la soltería es un tiempo en el cual, de la mano de Dios, aprendemos a morir a los deseos lujuriosos, pues si éstos no se tratan ahora, serán llevados al matrimonio, y allí causarán terribles problemas.

• Pérdida de tiempo

La ansiedad y la incertidumbre por encontrar un cónyuge, han conducido a muchos jóvenes cristianos a involucrarse en relaciones sentimentales sin ningún propósito de matrimonio; sólo están probando para ver si encuentran la persona correcta. Es lamentable, porque además de ser un mal testimonio, es una pérdida de tiempo, pues muchas de estas relaciones duran años, y aunque algunas no terminan en inmoralidad, sí retrasan el crecimiento espiritual. Es imprescindible que los solteros cristianos entiendan que no deben buscar a alguien que les pueda completar, ni tampoco deben tener una expectativa tan alta en el matrimonio, pues si no encuentran ahora su plenitud en Cristo, ninguna cosa futura les podrá satisfacer, pues Cristo es *“Aquel que todo lo llena en todo.”* (Ef. 1:23).

• La falta de contentamiento

La falta de contentamiento es un pecado sutil, pero muy común entre los cristianos y, aún más, entre los solteros. Muchos creen que la soltería es un “problema” temporal, por

eso su falta de contentamiento y sus cuestionamientos sobre la voluntad de Dios. En contraste con esta frustración que sienten los solteros, el salmista afirma: “*En tu mano están mis años...*” (Sal. 31:15; LBLA). Es de gran ayuda encontrar frases como éstas en las Escrituras. David, el rey de Israel, podía comprender que cualquier situación que acontecía en su vida era guiada por la bondadosa mano de Dios; ya fuera persecución o prosperidad, él permanecía confiando en su Dios. Pablo dice: “... *he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.*” (Fil. 4:11). Miremos algo: él dice que había aprendido a estar contento cualquiera que fuera su situación. ¿Acaso no debería ser esta una exhortación para los cristianos solteros? ¿No podrían aprender a estar contentos cualquiera fuera la voluntad de Dios para ellos: soltería o matrimonio? Por otro lado, cabe resaltar que es aceptación con gozo, no resignación, pues la resignación produce amargura, mientras que la aceptación con gozo produce paz. Tal como lo afirmaba la misionera (soltera) Amy Carmichael, quien dio su vida entera para la obra de Cristo en la India; ella decía: “En la aceptación yace la paz”. Para algunos la soltería va a ser por un tiempo, para otros puede ser su estado permanente; algunos son solteros por alguna circunstancia o suceso en sus vidas, como la muerte del cónyuge, y otros son solteros por algún pecado que los dejó en esa situación; pero, cualquiera sea el caso, se debe aprender a tener contentamiento.

Virtudes de la soltería

Es común pensar que los solteros son personas infelices porque no han podido encontrar a alguien con quien compartir sus vidas, pero tal forma de pensar es errónea.

Observemos con atención lo que dice el apóstol Pablo: *“Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo (soltero); pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro.”* (1 Co. 7:7). Entiéndase a la luz de la Biblia que los solteros no son desdichados, pues la soltería en la vida cristiana trae consigo ventajas y virtudes. Pablo enseña cuáles son las bendiciones para los cristianos solteros. A continuación mencionaremos algunas de ellas:

• **El soltero se ocupa de las cosas del Señor**

“El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor...” (1 Co. 7:32). La mayor ventaja del creyente soltero es la amplia disposición de tiempo. En contraste con la persona casada, el soltero tiene la capacidad de ocuparse enteramente de las cosas espirituales, sin llegar a descuidar sus compromisos educativos o laborales, puesto que en el área familiar no tiene las responsabilidades de los casados, a las cuales tendría que dedicar gran parte de su tiempo. La Biblia enseña que las casadas deben ocuparse de agradar a sus esposos y, del mismo modo, los casados deben agradar a sus esposas. El casado debe proveer material y espiritualmente para las necesidades de su hogar, pero los solteros son libres de esta responsabilidad; ellos pueden entregarse al servicio cristiano de una forma más completa, como se observa en la vida del apóstol Pablo, quien afirmó haber trabajado más que otros apóstoles (1 Co. 15:10), pues su soltería fue una gran ventaja para poder ocuparse enteramente en la Obra del Señor. Asimismo, podemos ver en la historia de la Iglesia a hermanos que abrazaron la voluntad de Dios, le sacaron provecho a su soltería y se entregaron enteramente al servicio

cristiano, tales como: Gladys Aylward, en China; David Brainerd, entre los indios Piel Roja; Amy Carmichael, en la India; o el famoso predicador inglés John Stott. Ellos son ejemplos de servicio y entrega. De igual forma, todo creyente soltero, sin importar las causas de su soltería, debería aprovechar su tiempo y ocuparse enteramente de las cosas del Señor.

• La aflicción presente

Pablo aconseja a los solteros que permanezcan así a causa de la aflicción presente: *“Pienso, entonces, que esto es bueno a causa de la aflicción presente: que hará bien el hombre en quedarse como está.”* (1 Co. 7:26; BTX). El apóstol tenía en mente la inevitable persecución que vendría sobre los corintios, y basado en esto dice que sería mucho mejor para los solteros afrontar esa persecución solos, que estando casados y con hijos, pensando en el dolor que sufrirían al ver la espada sobre sus esposas e hijos. Imagine la situación para la persona casada, ver sufrir a su familia, sin poder hacer nada para ayudarla; los solteros no tendrían que sufrir esto, y ésta, sin duda, sería una ventaja para ellos. En la historia de la Iglesia hubo muchos que tuvieron que experimentar el dolor de ver morir a sus cónyuges e hijos mientras servían en la Obra de Dios. Por eso, aquellos que tienen dominio de sus pasiones, deberían tomar el consejo del apóstol y evitarse tales sufrimientos.

• Las aflicciones de la carne

Pablo habla también de las aflicciones de la carne: *“...pero los tales tendrán aflicción de la carne, y yo os la quisiera evitar.”* (1 Co. 7:28). Esta *aflicción* tiene que ser soportada por aquellos

que contraen matrimonio. Según el comentarista William MacDonald, Pablo se refería a las aflicciones físicas que trae el embarazo sobre la mujer y a los problemas familiares propios del matrimonio. Pues, recordemos que la caída del hombre afectó, en primer lugar, nuestra relación con Dios, y después la relación matrimonial. En el Edén, lo primero que hizo Adán después de haber pecado, fue culpar a su mujer; de ahí en adelante todas las relaciones sufren las consecuencias del pecado. Aún en los hogares cristianos hay problemas, claro que en Cristo son más llevaderos, pero no quiere decir que no existan. De estas aflicciones será libre el soltero; si hay alguien que tiene dominio de sí mismo, puede seguir el consejo del apóstol y evitarse las dificultades que acarrea el matrimonio.

Cuidado de la Iglesia para los solteros

Como miembros del Cuerpo de Cristo tenemos la responsabilidad de guiar y aconsejar a los solteros y ayudarles a comprender cuál es la voluntad de Dios para su vida. Pero lejos de cumplir con esto, la Iglesia se empeña en presionar a los solteros, casi que los empujan hacia el desespero y el miedo a la soltería; esto muchas veces resulta en fracasos matrimoniales. Por eso, es fundamental tomar en serio el cuidado de los solteros, debemos estimularles al servicio cristiano y no forzarles en aspectos sentimentales; antes, debemos confiar que Dios tiene un tiempo para cada uno de ellos, así como lo tuvo con nosotros, los casados. También debemos acompañarles; que ellos sientan que no están solos, pues tienen una familia que Dios les ha dado, la cual es la Iglesia.

Consejos finales

Para los jóvenes solteros que tienen deseos de casarse, quisiera hablarles como alguien que también estuvo en la misma situación. Primero, deben saber que es normal que exista ansiedad por conocer a la persona que Dios ha preparado para ustedes; pero esa ansiedad debe ser sometida al señorío de Cristo; de lo contrario, causará mucho daño. La ansiedad genera desconfianza en la Soberanía de Dios, lo cual es pecado; por eso debe ser llevada delante de la presencia del Señor, para que Él pueda obrar (Fil. 4:6). Debemos descansar en la bondad de Dios, Él conoce nuestras necesidades, y responde a ellas según Su buena, agradable y perfecta voluntad (Ro. 12:2).

Segundo, deben aprovechar el tiempo para servir al Señor. Antes de que le fuera presentada su mujer a Adán, Dios ya le había dado un trabajo a él: *“Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase.”* (Gn. 2:15). Océpense en las cosas del Señor, trabajen fuertemente, porque cuando se casen no van a tener la misma libertad. Uno de los versículos que ha sido un estandarte para mi caminar cristiano, es: *“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”* (Mt. 6:33). Trabajen en la obra de Dios, busquen Su Reino y, en Su tiempo, si Dios quiere, Él les dará la persona con la cual compartir sus vidas en esta Tierra.

Para aquellos que tienen el don de continencia, mi consejo es que puedas usar eso para provecho de la Obra de Cristo, que puedas animarte a servir con más fervor en aquellas

cosas que Dios ha dejado para que nos ocupemos en ellas ¡Qué gran dicha leer en la Biblia acerca de personas como Juan el Bautista, el apóstol Juan y el apóstol Pablo, quienes se entregaron a la Obra! Se privaron de las bendiciones que trae el matrimonio para poder servir al Señor Jesús y ser ejemplo para otros solteros. Cuando el Señor Jesús habló de aquellos que se hacían eunucos por causa del Reino de los Cielos, especificó que esto no era dado a todos los hombres; por eso, si te fue dado, aprovéchalo para que el Reino de Dios se extienda sobre la Tierra.

Para aquellos que son solteros por causa del pecado, las Escrituras muestran que, por la gracia de Dios, quienes han depositado su fe en Cristo son salvos de la esclavitud del pecado, pero no debemos ignorar que el pecado trae consecuencias; aunque el creyente ya no está bajo condenación eterna, sí existen secuelas que permanecerán durante toda la vida. Quienes sean solteros por causa de divorcios ilegítimos o perdieron sus hogares por causa del adulterio, o aquellos que en desobediencia se casaron en yugo desigual y han sido abandonados por sus parejas, o a los que, a causa de su lucha pasada con el homosexualismo, cargan con las consecuencias de su pecado, decimos estas palabras de ánimo para que puedan aceptar la condición de soltería con contentamiento, confiando que en Cristo son perdonados sus pecados, han sido hechos nuevas criaturas, y aunque en algunos de estos casos es posible que ya no compartirán su vida con una pareja terrenal, pueden recibir eso como una ventaja para ocuparse de las cosas espirituales, entendiendo que el matrimonio no es todo en la vida, sino que la vida consiste en cultivar una relación con Aquel con quien compartiremos

toda la eternidad. A ellos los animamos a perseverar en el camino cristiano, y que puedan también progresar con el compañerismo que Dios nos ha dado a través de Su Iglesia.

Pedimos al Señor que esto traiga luz y ánimo a todos los solteros. Que ellos puedan encontrar el genuino contentamiento centrado en la bendita y gloriosa Persona del Señor Jesucristo; contentamiento éste que debe ser una característica de todo verdadero cristiano.

Andrés Rodríguez

.....

“Si la ira santa del Señor Jesús se manifestaba cuando veía la profanación de esa Casa que debía ser ‘casa de oración’, si aquella comercialización idólatra causaba que la limpiara de una manera tan drástica, ¡cómo se sentirá ahora ante tantos edificios que han sido “consagrados a su nombre”! ¡Cuán trágicamente se repite la historia! Las cosas que se hacen ahora en tantas “casas del Señor”: las comidas, los bazares, las noches de cine y otras formas de entretenimiento; todas estas cosas no son más que comercialización idolátrica en los templos que debieran ser ‘casas de oración’. Con razón, esos lugares carecen de espiritualidad y desconocen el poder de Dios. El Señor no tolera una mezcla impía de cosas mundanas con las espirituales”.

A.W. Pink

Supongamos que un hombre pudiese ir al cielo sin santidad...

Supongamos por un momento que se le permitiera entrar al cielo sin santidad. ¿Qué haría? ¿De qué podría disfrutar allí? ¿A quiénes de todos los santos se acercaría, y al lado de quién se sentaría? Sus placeres no son los placeres de usted, ni sus gustos los gustos de usted, ni su carácter el carácter de usted. ¿Cómo podría ser feliz, si no fue santo en la Tierra? Quizás prefiere ahora la compañía de los superficiales y los indiferentes, los mundanos y los avaros, los parranderos y los que van tras los placeres, los impíos y los profanos, pero no habrá ninguno de ellos en el Cielo. Quizás cree ahora que los santos de Dios son demasiado estrictos, exigentes y serios. Prefiere evitarlos. No disfruta de su compañía, pero no habrá ninguna otra compañía en el Cielo.

Quizás piense ahora que orar, leer la Biblia y cantar himnos es aburrido, triste y tonto, algo para ser tolerado de vez en cuando, pero no disfrutado. Considera al Día del Señor como una carga y cosa pesada; no podría pasar más que una porción pequeña del día adorando a Dios. Pero recuerde, el Cielo es un Día del Señor sin fin. Los que allí viven no descansan de decir día y noche: “Santo, Santo, Santo, Señor Omnipotente”, y de cantar alabanzas al Cordero.

¿Cómo podría, alguien que no es santo, disfrutar de ocupaciones como éstas? No sé qué opinarán los demás, pero a mí me resulta claro que el Cielo sería un lugar muy desagradable para el que no es santo. Imposible que sea de otra manera...

J. C. Ryle

EDUQUE A LOS NIÑOS PARA CRISTO

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.” (Ef. 6:4)

La Iglesia del Señor Jesucristo fue instituida en este mundo pecador para procurar su conversión. Hace unos dos mil años recibió de Jesús el mandato: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.”* (Mr. 16:15). La Iglesia debe su tiempo, talentos y recursos a su Señor, para cumplir su propósito. No obstante, “todo el mundo está puesto en maldad”. Pocos, comparativamente hablando, han oído el nombre de Jesús o que hay un Espíritu Santo o que existe un Dios que gobierna en la Tierra.

En esta condición moral que afecta al mundo, los seguidores de Cristo han de considerar seriamente las siguientes preguntas: “¿No tenemos algo más que hacer? ¿No hay algún gran deber que hemos pasado por alto, algún pacto que hemos hecho con nuestro Señor, el cual no hemos cumplido?” Encontraremos la respuesta si observamos a los hijos de padres cristianos, quienes han profesado dedicar todo a Dios, pero que, mayormente, han descuidado el educar a sus hijos con el propósito expreso de servir a Cristo en la extensión de Su Reino. Cierta madre cristiana, cuyo corazón está profundamente interesado en este tema, dijo: “Me temo que

muchos de nosotros pensamos que nuestro deber parental se limita a labores en pro de la salvación de nuestros hijos; que hemos orado por ellos sólo para que sean salvos; los hemos instruido sólo para que sean salvos”. Pero si ardiera en nuestro corazón, como una flama inextinguible, el anhelo ferviente por la gloria de nuestro Redentor y por la salvación de las almas, las oraciones más sinceras desde su nacimiento serían que, no sólo ellos mismos sean salvos, sino que fueran instrumentos usados para salvar a otros.

En lo que respecta al servicio de Cristo, parece ser que consiste en llegar a ser creyente, profesar la fe cristiana, cuidar nuestra propia alma, mantener una buena reputación en la iglesia, querer lo mejor para la causa de Cristo, ofrendar cuanto sea conveniente para su extensión y, al final, dejar piadosamente este mundo y ser feliz en el Cielo. De este modo, “pasa una generación y viene otra” para vivir y morir de la misma manera. Y realmente la Tierra permanece para siempre, y la masa de su población sigue en ruinas si los cristianos siguen viviendo así.

Existe, pues, la necesidad de apelar a los padres de familia cristianos, en vista de la actual condición del mundo. Usted da sus oraciones y una porción de su dinero; pero, como dijera la creyente ya citada: “¿Qué padre cariñoso no ama a sus hijos más que a su dinero? ¿Y por qué no han de darse a Cristo estos tesoros vivientes?”. Este “procurar lo nuestro, no las cosas que son de Cristo” debe terminar, si es que esperamos que alguna vez el mundo se convierta. Debemos poner manos a la obra y enseñar a nuestros hijos a conducirse con fidelidad, de acuerdo con ese versículo: “...y por todos murió,

para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” (2 Co. 5:15).

Con esto, no decimos que dedique sus hijos a la causa de la obra misionera exclusivamente, o a alguna obra de beneficencia, sino que debe dejar su designación al “Señor de la mies”. Él les asignará sus posiciones, sean públicas o privadas; o esferas de extensa o limitada influencia, según le parezca bien. Su deber es realizar todo lo que incluye el requerimiento “instruye a tus hijos en la Ley de Jehová”, con la seguridad de que llegará el momento cuando la voz del Señor diga, con respecto a cada uno: “El Señor tiene necesidad de él”, y será guiado hacia esa posición en la que al Señor le placera bendecirlo. Y si es retirada y humilde, o pública y eminente, esté seguro de esto: Encontrará suficiente trabajo asignado a él y suficientes obligaciones designadas a él, como para mantenerlo de rodillas, buscando gracia para ser fortalecido y para pedir el empleo intenso y diligente de todos sus poderes mientras viva.

A. Preparación para servir

Por lo tanto, padres de familia cristianos, una pregunta interesante es: “¿Qué cualidades prepararán mejor a nuestros hijos para ser siervos eficaces de Cristo?” Hay muchas relacionadas con el corazón, la mente y la constitución física.

1. Ante todo, piedad. Deben amar fervientemente a Cristo y Su Reino; consagrarse de corazón a Su obra y estar listos para negarse a sí mismos y sacrificarse en la obra a la cual Él puede llamarlos. Debe ser una piedad sobresaliente:

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo.” (Fil. 3:7).

Dijo una mujer, actualmente esposa de un misionero americano: “Hacer y recibir visitas, intercambiar saludos cordiales, ocuparse de la ropa, cultivar un jardín, leer libros buenos y entretenidos y, aun, asistir a reuniones religiosas para complacerme a mí misma, nada de esto me satisface. Quiero estar donde cada detalle se relacione, constantemente y sin reservas, con la eternidad. En el campo misionero espero encontrar pruebas y obstáculos nuevos e inesperados; aun así, escojo estar allí y, en lugar de pensar que es difícil sacrificar mi hogar y mi Patria, siento que debo volar como un pájaro hacia aquella montaña”.

Una piedad tal que brilla y anhela vivir, trabajar y sufrir para Cristo es la primera y gran cualidad para inculcar en su hijo. Es necesario actuar eficazmente para Cristo en cualquier parte, en casa o afuera; en una esfera elevada o en una humilde. El Señor Jesús no tiene trabajo adaptado a los cristianos que viven en “un pobre estado moribundo”, con el cual tantos se conforman. Es todo trabajo para aquellos que son “firmes en la gracia que es en Cristo Jesús” (2 Ti. 2:1) y están dispuestos y decididos a ser “fieles hasta la muerte” (Ap. 2:10).

2. Cualidades intelectuales. Es error de algunos pensar que cualidades mediocres bastan para la obra de Cristo. ¿Han de contentarse los cristianos con éstas en los negocios del Reino del Redentor, cuando los hombres del mundo no las aceptan en sus negocios? Tenga cuidado en pervertir su dependencia de la ayuda divina, confiando que la calidez de su corazón

compensa su falta de conocimiento. El mandato: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente” (Mr. 12:30), se aplica tanto a la obra del Señor como al amor hacia Él. Su hijo necesita una mente bien equilibrada y cultivada, tanto como necesita un corazón piadoso. No permita que sus anhelos por hacer el bien se vean frustrados debido a su negligencia en ofrecerle una educación intelectual. No estamos diciendo que envíe a todos sus hijos a la universidad y a todas sus hijas a academias para señoritas, sino que los prepare para hacer frente a las mentalidades bajo el dominio del pecado en cualquier parte, provistos de cualidades intelectuales nada despreciables.

3. Cualidades relacionadas con la constitución física. Los intereses de la Iglesia han sufrido ya bastante por el quebrantamiento físico y la muerte prematura de jóvenes que prometían mucho. No dedique un hijo débil, enfermizo, al ministerio, debido a que no sea lo suficientemente robusto como para tener un empleo o profesión secular. Nadie necesita una “salud de hierro” más que los pastores y misioneros. “Si ofrecen los cojos y enfermos en sacrificio, ¿no es esto perverso?” (Mal. 1:8). Usted tiene una hija a quien la Providencia puede llamar a los sacrificios de la vida misionera. No la críe dándole todos los caprichos, ni la deje caer en hábitos y modas que dañan la salud, ni que llegue a ser una mujer “sensible y delicada que, por su delicadeza y sensibilidad, no se aventura a poner su pie en el suelo”, que queda librada a una sensibilidad morbosa o a un temperamento nervioso lleno de altibajos. ¿Se contentaría con dar semejante ofrenda al Rey de Sion? ¿Sería una bondad para con ella, quien puede ser llamada a sufrir mucho y a quien le faltará la capacidad de resistencia, al igual que de acción, que puede ser adquirida por medio de una buena educación

física? ¡No! Dedique a Cristo y a la Iglesia sus jóvenes fuertes y sus hijas preparadas para ser compañeras de los tales en las obras y los sufrimientos en nombre de Cristo.

B. Deberes de los padres

Hasta aquí las cualidades. Hablaremos ahora más particularmente de los deberes de los padres en educar a sus hijos e hijas para la obra de Cristo.

1. Ore mucho con respecto a la gran obra que tiene entre manos. “¿Quién es suficiente para estas cosas?”, se pregunta usted. Pero Dios dice: “...*Bástate mi gracia...*” (2 Co. 12:9). Manténgase cerca del Trono de Gracia con el peso de este importante asunto sobre su espíritu. La mitad de su trabajo ha de hacerlo en su cámara de oración. Si falla allí, fallará en todo lo que haga fuera de ella. Tiene que contar con sabiduría de lo alto para poder formar siervos para el Altísimo. Persista en la comunión con Dios respecto al caso particular de cada uno de sus hijos. Al hacerlo, obtendrá perspectivas de su deber que nunca podría haber obtenido por medio de la sabiduría humana, y sentirá motivos que en ninguna otra parte se apreciarían debidamente. Sin duda, en el día final se revelarán los pactos o transacciones de padres de familia cristianos con Dios, respecto a sus hijos (1 S. 1:10-11), que explicarán gozosamente el secreto de su devoción y de lo útiles que fueron. Se sabrá entonces más de lo que se puede saber ahora, especialmente, en cuanto a las oraciones de las madres. Uno de nuestros periódicos consigna el dato interesante de que “de ciento veinte alumnos en uno de nuestros seminarios teológicos, cien eran el fruto de las oraciones de

una madre, y fueron guiados al Salvador por los consejos de una madre”. Veán lo que puede lograr la oración; así que “... *sean constantes en la oración...*” (Ro. 12:12).

2. Cultive una tierna sensibilidad hacia su responsabilidad como padre. Dios lo hace responsable por el carácter de sus hijos con relación a su fidelidad en usar los dones que le ha dado. Usted ha de “rendir cuentas” en el Día del Juicio por lo que hace o no hace, para formar correctamente el carácter de sus hijos. Puede educarlos de tal manera que, por la gracia santificadora de Dios, sean los instrumentos para salvación de cientos, sí, de miles; o que por descuidarlos, cientos, miles, se pierdan, y la sangre de ellos esté en sus manos. No puede usted deslindarse de esta responsabilidad. Debe actuar bajo ella y encontrarse con ella en el Juicio. Recuerde esto con un temor piadoso, a la vez que exhórtese en el nombre del Señor. Si es fiel en su cámara de oración y en hacer lo que allí reconoce como su deber, encontrará la gracia para sostenerlo. Y el pensamiento será delicioso, al igual que solemne: “Se me permite enseñar a estos inmortales a glorificar a Dios por medio de la salvación de las almas”.

3. Tenga usted mismo un espíritu devoto. Su alma debe estar sana y debe prosperar; debe arder con amor a Cristo y Su Reino, y todas sus enseñanzas tienen que ser avaladas por un ejemplo piadoso, si es que ha de guiar a sus hijos a vivir devotamente. Alguien le preguntó al padre de numerosos hijos, la mayoría de ellos consagrados al Señor: “¿Qué medios ha usado con sus hijos?” Él respondió: “He procurado vivir de tal manera, que les mostrara que mi propio gran propósito es ir al Cielo y llevármelos conmigo”.

4. Empiece la instrucción espiritual temprano. Esté atento para ver las oportunidades para esto en todas las etapas de la niñez. Las impresiones tempranas duran toda la vida, aun cuando las posteriores desaparezcan. Dijo una misionera americana: “Recuerdo, particularmente, que cierta vez, estando yo sentada en la puerta, mi mamá se acercó y se paró junto a mí, y me habló tiernamente acerca de Dios y de asuntos relacionados con mi alma, y sus lágrimas cayeron sobre mi cabeza. Eso me convirtió en una misionera”. Richard Cecil, teólogo inglés, dice: “Tuve una madre piadosa, siempre me daba consejos. Nunca me podía librar de ellos. Yo era un inconverso profeso, pero en aquel entonces, prefería ser un inconverso con compañía que estar solo. Me sentía desdichado cuando estaba solo. La influencia de los padres se aferra al hombre; lo acosa; se pone continuamente en su camino”. John Newton (autor inglés de himnos cristianos) nunca pudo quitarse las impresiones que dejaron en él las enseñanzas de su madre.

5. Procure la conversión temprana de sus hijos. Considere cada día que siguen sin Cristo como un aumento del peligro en que están y la culpa que llevan. Cuenta una misionera: “Alguien le preguntó a cierta madre que había criado a muchos hijos, todos los cuales eran creyentes consagrados, qué medios había usado para lograr su conversión. Ella respondió: ‘Sentía que, si no se convertían antes de los siete u ocho años, probablemente se perderían, y cuando llegaban a esa edad, yo me angustiaba ante la posibilidad de que pasaran impenitentes a la eternidad, y me acercaba al Señor con mi angustia. Él no rechazó mis oraciones ni me negó su misericordia’. Ore por esto. El profeta Jeremías nos exhorta:

*“Levántate, da voces en la noche, al comenzar las vigili-
as; derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor; alza tus manos a Él implorando la vida de tus pequeñitos...”* (Lm. 2:19). Espere el don temprano de gracia divina basado en promesas como ésta: *“...mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos; y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas. Este dirá: Yo soy de Jehová; el otro se llamará del nombre de Jacob, y otro escribirá con su mano: A Jehová, y se apellidará con el nombre de Israel.”* (Is. 44:3-5). La historia de algunas familias es un deleitoso cumplimiento de esta promesa. Los corazones jóvenes son los mejores en los cuales echar, profunda y ampliamente, los fundamentos de una vida útil. No se puede esperar que su hijo haga nada para Cristo mientras no llegue al pie de la cruz, arrepentido, creyendo y consagrándose al Señor.

Algunos suponen que las verdades espirituales no pueden penetrar la mente del niño; que se requiere haber llegado a una edad madura para “arrepentirse y creer el Evangelio”. Por lo tanto, el niño creyente es considerado muchas veces como un prodigio, y que la gracia en un alma joven es una dispensación de la misericordia divina demasiado inusual como para esperar que suceda normalmente. “Padres”, decía cierta madre, “trabajen y oren por la conversión de sus hijos”. Hemos visto a padres llorando por la muerte de sus hijos de cuatro, cinco, seis, siete años, padres que no parecían sentir ninguna inquietud sobre si habrían muerto en un estado espiritual seguro, y ningún auto-reproche por haber sido negligentes en procurar la conversión de sus hijos. Es un hecho interesante y bien serio en relación con la negligencia de los padres, que se ha sabido de niños menores de cuatro años que

han sentido convicciones profundas de haber pecado contra Dios y de su estado perdido, se han arrepentido de sus pecados, han creído en Cristo, han demostrado su amor por Dios y han dado todas las evidencias de la gracia que se observan en personas adultas. El biógrafo de la Sra. Huntington cuenta que, escribiéndole ella a su hijo, “habla de tener un recuerdo vívido de una solemne consulta en su mente, a los tres años de edad, con respecto a que si en ese momento era mejor que fuera creyente o no, y que había llegado a la decisión que no”. La biografía de Janeway, y de muchos otros, apoya la idea de que la conversión en el corazón joven es un milagro, y demuestra que los padres tienen razón en preocuparse ante la posibilidad de que sus hijos pequeños mueran sin esperanza, a la vez que se les debe alentar a procurar su conversión.

Hemos de ser cautelosos en desconfiar, sin razón, de la aparente conversión de los niños. Cuide a los pequeños discípulos cariñosa y fielmente. Sus tiernos años demandan una protección más cuidadosa y tierna. No les dé razón para decir: “Fueron negligentes conmigo porque pensaban que era demasiado pequeño para ser creyente”. Es cierto que muchas veces padres de familia y pastores se han decepcionado con niños que parecían haberse entregado al Señor. Pero el Día del Juicio posiblemente revele que ha habido, entre los adultos, más casos de decepción e hipocresía que no se han detectado, que desengaños con respecto a niños que se supone se han entregado al Señor. La niñez es más cándida que la adultez; el niño es más propenso a quitarse la máscara de la religión, si de hecho la suya es una máscara, y siendo sensible nuevamente a la convicción de pecado, quizá de veras, se convierta. El adulto, más cauteloso, engañador, atrevido

en su falsa profesión de fe, usa la máscara, hace a un lado la convicción, y exclama: “Paz y seguridad”; y sigue “decente, solemne y formalmente” su descenso al infierno.

Anhele la conversión temprana de sus hijos a fin de que tengan el mayor tiempo posible en este mundo para servir a Cristo. Si “el rocío de nuestra juventud” se dedica a Dios, sin duda, con el transcurso de los años se notará una madurez proporcional en su carácter cristiano y su capacidad para realizar obras más eficaces para Cristo.

(Continúa...)

Edward W. Hooker (1794-1875)

Tomado de www.chapellibrary.org/spanish

.....

“He desistido de la idea de que hay calidad alguna en mi corazón. Yo simplemente me aferro a Cristo, y digo: Él es mi Justicia”.

“Señor Jesús. Tú eres mi justicia, así como yo soy tu pecado. Has tomado sobre Ti todo lo que soy, y me has dado y cubierto con todo lo que Tú eres. Tomaste sobre Ti lo que Tú no eres, y me diste lo que yo no soy”.

“Siendo propiedad del Señor Jesucristo, a gran precio adquirida, no debemos ser esclavos de Satanás ni de hombre, sino señores verdaderamente libres que no sirven al pecado, sino al Señor Jesús”.

Martín Lutero

¿Qué es un cristiano sensual?

Un diccionario define sensual como ‘perteneciente a los sentidos u objetos sensibles: altamente susceptible por los sentidos’. El cristiano sensual es el que vive por los sentimientos más que por su entendimiento de la Palabra de Dios. El cristiano sensual no puede ser movido al servicio, la oración o el estudio, a no ser que él “tenga ganas”. Su vida cristiana es solamente tan efectiva como la intensidad de los sentimientos en ese momento. Cuando experimenta la euforia espiritual, es un remolino de actividad divina; pero cuando está deprimido, es un incompetente espiritual. Constantemente busca experiencias nuevas y frescas y las utiliza para determinar la Palabra de Dios.

Sus sentimientos internos se convierten en “su máxima prueba de la verdad”. El cristiano sensual no necesita estudiar la Palabra de Dios, porque, según él, “ya conoce la voluntad de Dios a través de sus sentimientos”.

R. C. Sproul

“Cuando colocas el Evangelio en el centro de tu vida, tu mayor anhelo no será llegar a ser un mejor predicador, sino llegar a tener una comunión cada vez más íntima y deleitosa con Aquel que entregó Su vida por ti en la cruz del Calvario. El deseo de predicar mejor no necesariamente te ayudará a ser un mejor cristiano; pero en la medida en que te acercas más a tu Señor y Salvador, eso de seguro contribuirá a que prediques mejor, si Dios te llamó a hacerlo”.

Sugel Michelén

EDUCAR A LOS NIÑOS PARA CRISTO – II PARTE

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.” (Efe. 6:4)

6. Mantenga una relación familiar cristiana con sus hijos. Converse con ellos tan libre y cariñosamente sobre temas cristianos como conversa sobre otros. Si es usted un cristiano próspero y cariñoso, le resultará natural y fácil hacerlo. Deje que la intimidad espiritual se entretenga con todas las costumbres de su familia. De esta manera, sabrá cómo aconsejar, advertir, reprender, alentar; sabrá también cómo van madurando; cuál es la razón de la fe que hay en ellos y, particularmente, para qué tipo de obra para Cristo tienen capacidad. Y si mueren jóvenes o antes que usted, tendrá usted el consuelo de haber observado y conocido el progreso de su preparación para “partir y estar con Cristo” (Fil. 1:23).

7. Mantenga siempre vivo en la mente de su hijo que el gran propósito para el cual debe vivir es la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Hacemos mucho para dar dirección a la mente y formar el carácter del hombre colocando delante de él un objetivo para la vida. Los hombres del mundo conocen y aplican este principio. Lo mismo debe hacer el cristiano. El objetivo ya mencionado es el único digno de un alma inmortal y renovada, y prepara el camino para la

nobleza más alta en ella; elevará su alma por encima del vivir para sí misma y la constreñirá a ser fiel en la obra de su Señor. Enséñele a su hijo a poner al pie de la cruz sus logros, su personalidad, sus influencias, riquezas, todas las cosas, y a vivir anhelando: “*Padre, glorifica tu nombre...*” (Jn. 12:28).

8. Elija con mucho cuidado los maestros de sus hijos. Sepa elegir la influencia a la cual entrega su hijo o hija. Tiene usted un objetivo grande y sagrado que cumplir. Los maestros de sus hijos deben ser tales que les ayuden a cumplir ese objetivo. Un carácter moral correcto en el maestro no basta; esto, muchas veces, viene acompañado de opiniones religiosas sumamente peligrosas. Su hijo debe ser puesto bajo el cuidado de un maestro consagrado, quien en relación con su alumno debe sentir: “Tengo que ayudar a este padre a capacitar a un siervo para Cristo”. En su elección de una escuela o academia, nunca se deje llevar meramente por su reputación literaria, su lugar en la sociedad, su popularidad, sin considerar también la posibilidad de que su ambiente no cuente con la vitalidad de una decidida influencia espiritual y que hasta puede estar envenenada por los conceptos religiosos erróneos de sus maestros. En cuanto a enviar a su hija a un convento católico para que se eduque, un pastor sensato dijo a un feligrés: “Si no quiere que su hija se queme, no la ponga en el fuego”. ¡Cuánto más se aplica esto al sistema de escuelas públicas con su educación sexual, evolucionismo y burlas de Dios! A cierta viuda le ofrecieron educar a uno de sus hijos donde prevalecía la influencia del Unitarismo. Ella rechazó la oferta, confiando que Dios la ayudaría a lograrlo en un ambiente más seguro. Su firmeza y fe fueron recompensadas con el éxito. Una señorita fue puesta bajo el cuidado de una

maestra que no era piadosa. Cuando su mente se interesaba profunda y ansiosamente en temas espirituales, la idea “qué pensará mi maestra de mí”, y el temor a su indiferencia y aun, a su desprecio, influenciaron sus decisiones y contristaron al Espíritu de Dios. Padre de familia cristiano: Sus oraciones, sus mejores esfuerzos, pueden verse frustrados por un maestro que no sea espiritual.

9. Cuídese de no echar por tierra sus propios esfuerzos por el bienestar espiritual de sus hijos. Ser negligente en algún deber esencial, aunque realice otros, lo causará. La oración sin la instrucción no sirve; tampoco la instrucción sin el ejemplo correcto; ni la oración en familia sin las serias batallas en la cámara de oración; ni todo esto junto, si no los está vigilando para que no caigan en tentación. Tenga temor de consentirlos con entretenimientos vanos. En cierta oportunidad, una madre fue a la reunión de sus amigas, y les pidió que oraran por su hija a quien aparentemente ella había permitido, en ese mismo momento, asistir a un baile, y justificaba lo impulsivo e inconsistente de su permiso, en sus propios hábitos juveniles de buscar entretenimientos. Si los padres permiten que sus hijos se arrojen directamente en “las trampas del diablo”, al menos, que no se burlen de Dios pidiendo a los creyentes que oren para que los cuide allí. Si lo hacen, no se sorprendan si sus hijos viven como “siervos del pecado”, y mueren como vasos de la ira.

Guárdese de ser un ejemplo de altibajos en la vida espiritual: Ahora, puro fervor y actividad; luego, languidez, casi sin hálito de vida espiritual. El hijo o hija perspicaz dirá: “La espiritualidad de mi padre es de saltos y arranques, de tiempos

y temporadas. Es todo ahora, pero pronto no será nada, igual que antes”. Si usted anhela que sus hijos sirvan a Cristo con constancia, sírvalo así usted. Tema esa “espiritualidad periódica”, que de pronto brota de en medio de la mundanalidad e infidelidad, y en la cual los sentimientos afloran como “una corriente engañosa” o, como lo expresara un autor, “como un torrente de montaña, crecido por las inundaciones primaverales, encrespado, rugiendo, que corre con bríos, pareciendo un río portentoso y permanente, pero que, después de unos días, baja, se convierte en apenas un hilo de agua o desaparece dejando un cauce seco, rocoso, silencioso como la muerte”. La consagración más profunda es como un río profundo y lleno; silencioso, alimentado por fuentes vivas, que nunca desencanta, siempre fluye, fertiliza, embellece. Sea así la humildad, la constancia, el sentimiento, la laboriosidad del carácter cristiano activo, en el cual nuestros hijos vean que servir a Cristo es la gran ocupación de la vida, y se sientan constreñidos a hacerlo de todo corazón.

10. Cuídese de aceptar que sus hijos vivan “según la costumbre del mundo”, buscando sus honores, involucrándose en sus luchas ambiciosas, en sus costumbres y modas secularizadoras. Los hijos de padres consagrados no deben encontrarse entre los adeptos a la moda, emulando sus alardes y logros inútiles. “¿Cómo le roban a Cristo lo suyo?”, dijo un padre de familia cristiano. “He observado muchos casos de padres ejemplares, fieles y atinados con sus hijos hasta, quizá, los quince años. Luego desean que se asocien con personas distinguidas, y el temor de que sean distintos les ha llevado a dar un giro y vestirlos como gente mundana; hasta les han escogido sus amistades íntimas. Y los padres han sufrido seve-

ramente bajo la vara del castigo divino; sí, han sido mortificados, sus corazones han sido quebrantados por tales pecados, debido a las desastrosas consecuencias en lo que al carácter de sus hijos respecta.

11. Cuídese de los conceptos y sentimientos que promueve en sus hijos con respecto a los bienes materiales. En las familias llamadas cristianas, el amor por los bienes materiales es uno de los mayores obstáculos para la extensión del Evangelio. Cada año, las instituciones cristianas de benevolencia sufren por esta causa. Los padres enseñan a sus hijos a “apurrarse a enriquecerse”, como si esto fuera lo único para lo cual Dios los hizo. Dan una miseria a la causa de Cristo; y los hijos e hijas siguen su ejemplo, aun después de haber profesado que conocen el camino de santidad y han dicho “no somos nuestros”. Se podrían mencionar hechos que, pensando en la Iglesia de Dios, harían sonrojar a cualquier cristiano sincero. Enseñe a sus hijos a recordar lo que Dios ha dicho: “Tu plata y tu oro son míos”. Recuérdeles que usted y ellos sólo son mayordomos que un día darán cuenta de lo suyo. Considere la adquisición de bienes materiales de importancia sólo para poder hacer el bien y honrar a Cristo. No deje que sus hijos esperen que los haga herederos de grandes posesiones. Deje que lo vean dar semanalmente “según Dios lo haya prosperado” (1 Co. 16:2), y ayudar a todas las grandes causas de benevolencia cristiana. Ellos seguirán su ejemplo cuando usted haya partido. Dejar a sus hijos la herencia de su propio espíritu devoto y sus costumbres benevolentes será infinitamente más deseable que dejarles miles en oro y plata. Hemos visto tales ejemplos.

Para ayudar en esto, cada padre debe enseñar a su familia a ser económica como un principio espiritual. Influya en ellos a temprana edad para que se decidan a practicar una economía altruista y entusiasta. Enséñeles que: “...*Más bienaventurado es dar que recibir.*” (Hch. 20:35). Enséñeles a escribir: “Santidad al Señor” (Ex. 28:36) en el dinero que tienen en el bolsillo, en lugar de gastarlo en placeres dañinos; a procurar la sencillez y economía en el vestir, los muebles, su manera de vivir y a considerar todo uso fútil del dinero como un pecado contra Dios.

12. Cuídese de no frustrar sus esfuerzos por lograr el bien espiritual de sus hijos teniendo malos hábitos en su familia. Las conversaciones livianas, una formalidad aburrida y apurada en el culto familiar; conversaciones mundanas el día del Señor o comentarios de censura, provocan que todos los hijos de familias enteras descuiden la espiritualidad. Guárdese de ser pesimista, moralista, morbosos. Algunos padres creyentes parecen tener apenas la “religión suficiente” para hacerlos infelices y para tener toda la fealdad del temperamento y de los “hábitos religiosos” que provienen naturalmente de una conciencia irritada por su infiel manera de vivir. Hay en algunos cristianos una alegría y dulzura celestiales que declaran a sus familias que la espiritualidad es una realidad, tanto bendita como seria, dándoles influencia y poder para ganarlos para la obra de Cristo. Cultive esto. Deje que “el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” pruebe constantemente a sus hijos que la espiritualidad es el origen del placer más auténtico, de las bendiciones más ricas.

13. Si desea que sus hijos sean siervos obedientes de Cristo, debe gobernarlos bien. La subordinación es una gran ley de Su Reino. La obediencia implícita a su autoridad es como la sumisión que su hijo debe rendir a Cristo. ¡Cómo aumentan las penurias de su cristianismo conflictivo el hábito de la insubordinación y la terquedad! Muchas veces lo hacen antipático e incómodo en sus relaciones sociales y domésticas, en la iglesia termina siendo un miembro rebelde o un pastor antipático o, si está en la obra misionera, resulta ser un problema constante y amargo para todos sus colegas. Comentaba un pastor, con respecto a un miembro de su iglesia que había partido, y para quien había hecho todo lo que podía: “Era uno de los robles más tercos que jamás haya crecido sobre el Monte Sion”.

Cuando se convierte el niño bien gobernado, está listo para “servir al Señor Jesucristo, con toda humildad” en cualquier obra a la cual lo llama, y trabajará amable, armoniosa y eficientemente con los demás. Entra al campo del Señor diciendo: “Sí, sí, vengo para hacer tu voluntad, oh mi Dios” (He. 10:7, 9). Tendrá el espíritu celestial, “la humildad y gentileza de Cristo”, y al marchar hacia adelante de un deber a otro, podrá decir con David: “... *Como un niño destetado está mi alma.*” (Sal. 131:2). “... *El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado.*...” (Sal. 40:8). Y con ese espíritu encontrará preciosa satisfacción en una vida de exitosa labor para su Señor sobre la Tierra y “... *en la esperanza de la gloria de Dios.*” (Ro. 5:2).

Si desea gobernarlos correctamente a fin de que sus hijos sean aptos para servir a Cristo, estudie la manera cómo gobierna un Dios santo. El suyo es el gobierno de un Padre

convinciente y sin debilidad; de amor y misericordia, pero justo; paciente y tolerante, pero estricto en reprender y castigar las ofensas. Ama a sus hijos, pero los disciplina para su bien; alienta para que lo obedezcan, pero en su determinación de ser obedecido es tan firme como Su trono eterno. Da a sus hijos razón para que teman ofenderlo; a la vez, les asegura que amarle y servirle será para ellos el comienzo del Cielo sobre la Tierra.

Hemos mencionado casualmente el interés de las madres en este asunto. A la verdad, el deber y la influencia maternal constituyen el fundamento de toda la obra de educar a los hijos para servir a Cristo. La madre cristiana puede bendecir más ricamente al mundo a través de sus hijos, que muchos que se han sentado sobre un trono. ¡Madres: La Divina Providencia pone a sus hijos bajo su cuidado en un período de la vida cuando se forjan las primeras y eternas impresiones!

Sea su influencia “santificada por la Palabra de Dios y la oración” (1 Ti. 4:5), y consagrada al alto objetivo de educar a sus hijos e hijas para la obra de Cristo.

Edward W. Hooker (1794-1875)

Tomado de www.chapellibrary.org/spanish

.....

“Apunta al Cielo, y tendrás la Tierra por añadidura.
Apunta a la Tierra... y no tendrás ninguna de las dos cosas”.

C. S. Lewis

EL PELIGRO DE LAS REDES SOCIALES

“Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica.” (1 Corintios 10:23)

Mientras escribo este artículo, el mundo toma decisiones acerca de la posibilidad de continuar con la popular aplicación de la mensajería instantánea ‘WhatsApps’, debido al cambio de su política de privacidad. ¿Pero será sólo el tema de la privacidad y la exposición a la publicidad el único peligro de las redes sociales, o existen otros aspectos aún más serios a considerar? ¿Qué hay de bueno y de malo en las redes sociales? ¿Es sólo un problema potencial para la población joven? ¿Cómo puedo detectar que las redes se están convirtiendo en un problema para mí, y cómo avanzar hacia la solución? ¿Qué medidas preventivas deberían considerar los individuos y las familias antes de que la situación los desborde? Como cristianos, debemos conocer qué dice Dios en Su Palabra con respecto a este tema muy actual.

Lo bueno de las redes sociales

En tiempos de distanciamiento social por la pandemia, encontramos en las plataformas tecnológicas una muy útil herramienta para seguir conectados. Así, muchos pudieron continuar, de manera virtual, dictando o tomando clases, desde la básica hasta la superior; otros realizaron tele-consultas

a sus pacientes. Pero lo más importante ha sido que se continuaron las reuniones cristianas por este medio; de hecho, se vio un aumento en la participación, además de que pudimos interconectarnos, de manera regular, aun con hermanos de otros países, hecho que sólo se producía anteriormente de manera excepcional. También debemos mencionar a su favor que estas plataformas pueden constituirse en una ventana permanentemente abierta para la predicación del Evangelio y para la promoción de material de edificación para la Iglesia.

De este modo reconocemos, de manera positiva, que las redes y la tecnología permiten ampliamente la comunicación, como nunca antes había existido en la historia de la humanidad.

Sin ser exhaustivos, otros aspectos positivos que han sido considerados incluyen: Actualización de noticias en tiempo real, facilidad para encontrar personas con quienes compartimos intereses y aficiones, acceso a todo tipo de consejos, guías, tutoriales y manuales que nos ayudan en nuestro día a día, desde cómo hacer algún remedio casero o una receta de cocina, hasta cómo resolver el más complicado problema de cálculo infinitesimal. Las redes sociales han permitido promocionar negocios y nuevos emprendimientos y, de hecho, las tiendas virtuales han revolucionado el mercado.

Peligros evidentes de las redes sociales

Pero no todo es bueno. También debemos reconocer serios peligros, tales como la suplantación de identidad, la cual se volvió frecuente con el uso de perfiles falsos. Abundan en

estos días diversas clases de delitos cibernéticos: las estafas, la extorsión, y el chantaje, los cuales se han vuelto comunes. Muchos se han vuelto expertos en técnicas de engaños y estafas virtuales. Los jóvenes abandonados por sus padres son víctimas de acoso cibernético, maltrato, abuso y agresión a través de las redes sociales, desencadenando una epidemia de bajo rendimiento académico, depresión, ansiedad, sentimientos de soledad y cambios en los patrones de sueño y de alimentación, que pueden alterar seriamente la vida de las personas; a esto hay que añadir las altas tasas de obsesión compulsiva en la cual viven jóvenes que no conciben estar desconectados de la red. También tenemos un aumento de delitos sexuales en la red. Internet se volvió la cueva ideal de pedófilos y pederastas, quienes, ganando la confianza de menores o adolescentes, mediante el engaño, llevan a sus víctimas a la tragedia del abuso sexual.

Peligros de las redes sociales no tan evidentes

Pasando a otro grupo de peligros que pasan sutilmente desapercibidos, pero que potencialmente pueden ser muy peligrosos para la vida espiritual, moral y social de las personas, podríamos hablar del exhibicionismo selectivo que satura la mayoría de las redes sociales. Se exhibe una sola cara de nuestra vida, la atractiva, donde abundan el dinero, los éxitos, viajes, compras y alegrías, dejando a un lado los despidos en el trabajo, las rupturas amorosas, las crisis económicas... o todo aquello que nos pueda hacer sentir vulnerables o inferiores a los demás. Parece que las redes sociales se han convertido en un asunto donde *“todo es vanidad”* (Ec. 1:2), tal como lo decía el rey Salomón, y donde abunda

realmente la excesiva vanidad. Desde las exageraciones de currículum y experiencia profesional en LinkedIn, hasta cierto tipo de filtros en fotos en Instagram para ocultar aquellas partes de nuestro cuerpo que no nos agradan. La obsesión por los ‘retuits’ y la reproducción de nuestros videos se volvió un elemento de alegría o profunda tristeza. Los hombres que siempre están buscando llamar la atención sobre sí mismos, encontraron en la guarida de las redes un lugar donde exaltar y promocionar su ‘yo’. Todas estas tentaciones son características de una generación sin Dios, sin Cristo y sin propósito para su vida; generación presa de los intereses económicos de multinacionales, y caracterizada por corazones vacíos, hambrientos y dependientes. Lo que el hombre busca en las redes sociales es aquella tan anhelada “felicidad y realización”, que sólo verdaderamente podrá encontrar cuando venga humildemente en arrepentimiento y fe a los pies de Cristo y Su Evangelio.

La familia de los “huérfanos digitales”

Los padres de hoy tenemos un nuevo desafío ante nosotros: saber utilizar la tecnología a favor, y cuidar de sus peligros. Lastimosamente, ahora es muy común encontrar a padres y madres de familia que, de manera inconsciente, prestan mayor atención a sus celulares que a sus hijos. *Huérfanos digitales* es el concepto que se les ha dado a los niños, niñas y adolescentes, hijos de padres adictos a la tecnología en tal grado, que prestan mayor atención a los dispositivos móviles o computadoras que a su mismo hijo o hija. Estas familias se caracterizan porque en los tiempos de comida (si acaso la tienen juntos) no existe una conversación fluida, sino que se ve interrumpida por el uso de los celulares. A pesar

de que estos niños reciben los cuidados fundamentales para su desarrollo, sin embargo, carecen de apego emocional por parte de sus padres, de dirección espiritual y de disciplina moral, lo cual genera graves consecuencias, tales como inmoralidad, rebeldía, inseguridad y problemas en sus relaciones interpersonales presentes y futuras. El uso excesivo de la tecnología y la falta de atención a los hijos, convierte a los niños y jóvenes en seres retraídos, aislados y propensos a malas influencias. Se rompe el lazo del amor y del vínculo familiar, tan indispensable en el impacto de las futuras generaciones que estamos criando para Cristo. Los padres que crían en el temor del Señor a sus hijos, que tienen conversaciones profundas y trascendentales con ellos, que realizan el culto familiar regularmente, que conocen y suplen las necesidades emocionales y espirituales de sus hijos, que juegan y se divierten con sus hijos, son cada vez más escasos; y los que hay están más propensos a las sutilezas y trampas de un mundo digital cada vez más poderoso, donde escasea el amor de Cristo y Su verdad.

¿Podrías tú estar adicto a las redes?

En este punto, la pregunta que demanda una respuesta honesta es: ¿Controlas el manejo de tus redes sociales o ellas te están controlando? Hay algunas señales que pueden ayudarte a conocer tu nivel de dependencia de dichas redes:

- Si lo primero que haces al abrir los ojos, en vez de invocar el nombre del Señor y orar, es consultar tus redes sociales en busca de novedades.
- Si revisas con más frecuencia tus redes que tu Biblia.

- Si conoces más tu lista de contactos y sus publicaciones que a los hermanos de tu iglesia local.
- Si exploras con avidez las publicaciones de tus “amigos” en busca de sus nuevos acontecimientos, y te sobreviene el pensamiento de que su vida es mejor que la tuya.
- Si estar con los hermanos de la iglesia o familiares no es un impedimento para estar revisando constantemente tu celular.
- Si caes en el exhibicionismo y la necesidad de publicar y fotografiar todo lo que te sucede, desde tus comidas diarias hasta tu pose antes de dormir.
- Si sustituyes las conversaciones cara a cara por las charlas a través de internet, en las cuales te sientes más cómodo.
- Si prefieres el culto ‘online’, que asistir presencialmente a las reuniones de la iglesia.
- Si te mantienes en línea casi todo el día.
- Si salir de casa sin tu teléfono es sinónimo de estrés y taquicardia.

Hoy existe un desorden llamado ‘nomofobia’, que consiste en el miedo irracional a permanecer un intervalo de tiempo sin el celular. El término, que es un acrónimo de la expresión inglesa “*no-mobile-phone phobia*”, fue acuñado durante un estudio realizado por la oficina británica de correos Royal Mail, y encargado al instituto demoscópico YouGov (estudia las orientaciones y la opinión pública sobre algún asunto) para estimar la ansiedad que sufren los usuarios de teléfonos móviles. Como hay gente que sólo se convence cuando tiene los números delante, ya existen aplicaciones para estimar el

tiempo consumido en las redes. Por ejemplo, FaceUp es una aplicación que acumula estadísticas sobre el tiempo que usas el celular, al igual que Checky, que te da la información sobre cuántas veces has consultado el teléfono ese día y dónde; o Moment Family, que rastrea el uso del celular y establece un límite para toda la familia. “La vida es lo que pasas mientras miras la pantalla del *Smartphone*”, es el lema de FaceUp. Podríamos hacer el ejercicio y escudriñar nuestro diario vivir para ver cómo está nuestra vida espiritual en esta área.

Consejos para iniciar la desintoxicación

El primer punto para solucionar un problema es reconocerlo. Una vez hayamos admitido que tenemos debilidad y somos propensos a pecar en esta área, podemos comenzar a tomar algunos pasos prácticos en la gracia de Dios para vencer en este asunto y retomar el control.

1. Desconéctate, y ten prioridades. Jesús decía: “*Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo...*” (Mt. 5:29). Si tenemos cosas que nos están haciendo pecar, debemos sacarlas de nuestra vida. Desconectarnos en ciertos momentos del día sería un buen comienzo: una hora antes de acostarte y en períodos del día, especialmente en tus horas de devoción personal y cuando estés con tu esposa y/o hijos, deja tus dispositivos fuera de la habitación y en modo avión; eso sería una manera de priorizar tu vida espiritual y las relaciones personales antes que las virtuales.

2. Usa las redes para edificación: Dios le habló a Habacuc: “...*Escribe la visión, y grábala en tablas, para que corra el que la lea.*” (Hab. 2:2; versión LBLA). Si tienes redes so-

ciales úsalas de manera sabia y edificante. Como cristianos deberíamos usar todos los medios a nuestro alcance para la expansión del Evangelio y la verdad de Cristo. Cuántos amigos, familiares y hermanos en la fe tenemos que necesitan desesperadamente una voz de esperanza. Si el diablo y sus hijos usan estas herramientas para contaminación, ¿no debería esto animarnos para ser luz en estas esferas? Damos gracias a Dios por todos los ministerios que propagan la verdad de Dios a través de estas herramientas actuales y de alta difusión.

3. Organiza tu tiempo: “*Andad sabiamente... redimiendo el tiempo.*” (Col. 4:5). Son muchas las personas que consultan el móvil a lo largo del día para ver qué ha pasado y qué cosas han subido o compartido sus contactos. Y al final, la suma de esos ‘breaks’ (o rupturas) resulta en un total de tiempo empleado en redes que no se ha dedicado a otras tareas, ya sean a nivel personal, espiritual, familiar o laboral. Esta pérdida de tiempo puede ser una de las más peligrosas sutilezas en este asunto; por eso, debemos ser vigilantes y hacer una administración sabia de nuestro tiempo. Organizar nuestra vida basada en prioridades dará un curso sabio y fructífero a nuestro tiempo y fuerzas. Horas para la lectura de la Palabra, oración, deberes diarios, tiempos familiares, actividades eclesíásticas, comidas y otras cosas, deben estar en nuestra agenda diaria. Optimizar el tiempo nos ayudará para darle el lugar debido a aquello que podemos considerar ocio o entretenimiento, sin abusar de ello y sin que llegue a dominarnos. Reorganiza tus prioridades. Es fácil dejar para lo último actividades importantes, mientras consumes valiosos minutos de tu día haciendo ‘click’ para mirar la vida de otros, mientras pierdes el control de la tuya.

4. Aspectos prácticos: Responde tu correo electrónico en una “sola sentada”. Puede que ya uses este truco para el correo electrónico, pero si no lo has hecho, es muy sencillo: en lugar de responder cada mensaje que llega e interrumpe tu día, asigna diez minutos, cuando estés libre, para responder a todo lo que haya llegado en las últimas dos horas. Esto liberará mucho tiempo y ancho de banda mental. No mezcles el tiempo de trabajo y las redes sociales, ¡cómo si no estuvieras ya lo suficientemente distraído en el trabajo! No revises tus cuentas personales de redes sociales hasta que estés en un descanso.

El fondo del problema

Jesús dice: “*Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.*” (Mt. 6:21). Jóvenes y adultos han puesto su tesoro en la distracción y entretenimiento de las pantallas, han puesto su corazón en falsas promesas de las redes sociales. Conscientes o no, a cada instante se lleva a cabo una lucha, y la mente es el campo de batalla. Y por la sobreexposición a contenidos que no edifican, desvían la atención y consumen el tiempo de lo que sí realmente edifica, y nos hacemos más y más vulnerables. A este tipo de cuidado y vigilancia nos llama el elocuente proverbio: “*Con toda diligencia, guarda tu corazón; porque de él brotan los manantiales de la vida.*” (Pr. 4:23; LBLA). Jesús, en Su Evangelio, dirige nuestro amor a Dios por sobre todas las cosas, y de manera íntegra (Mt. 22:37). Somos responsables de lo que pongamos delante de nuestros ojos. El salmista decía: “*Me negaré a mirar cualquier cosa vil o vulgar...*” (Salmo 101:3; NTV). La alternativa para alimentar nuestra mente está en Filipenses 4:8 (versión Lenguaje Actual):

“Finalmente, hermanos, piensen en todo lo que es verdadero, en todo lo que merece respeto, en todo lo que es justo y bueno; piensen en todo lo que se reconoce como una virtud, y en todo lo que es agradable y merece ser alabado.”

Esclavitud o libertad

En la primera carta de Pablo a los Corintios, versículos 6:12 y 10:23, se nos enseña que todas las cosas nos son lícitas o permitidas, pero no todas nos convienen, no todas nos edifican y no podemos dejarnos dominar por ninguna. Habiendo reconocido algunas de las bondades de las herramientas tecnológicas, en general, y de las redes sociales, en particular, debemos admitir que no es el uso, sino el abuso de las mismas las que han terminado ocupando mucha atención en nuestras vidas y consumiendo tiempo y energía, desorganizando nuestras prioridades y desplazando actividades vitales, como el tiempo para la familia, la actividad física, la lectura y la oración.

Hoy, un creyente puede pasar fácilmente varias horas al día en las redes sociales, pero le cuesta permanecer unos minutos en la oración, lo cual demuestra que ha perdido el control y, lentamente, ahora son las redes las que lo manejan o dominan y, como lo señalan los versículos ya citados, esto no conviene, ni edifica. Es el momento de iniciar los correctivos.

John Piper, escritor cristiano, señala: “Los dos motivos bíblicos de por qué se debe luchar para liberarse de cualquier tipo de dominio, son: primero, porque la esclavitud es tan peligrosa; y segundo, porque ¡la libertad es tan maravillosa!

La esclavitud es realmente peligrosa. El persistente rechazo a decir “¡No!” a una costumbre dominadora, implica el riesgo de que tu conciencia se endurezca, de modo que ya no te sientas culpable por dicha esclavitud. Y después, otras costumbres se justificarán más fácilmente, y pronto podría suceder que todo el concepto bíblico de lucha espiritual, vigilancia, abnegación y autocontrol, desaparezca de tu vida. Por eso, el que se cree muy seguro, ¡cuídese de no caer!” (1 Co. 10:12) ¿Crees que estás más allá de la posibilidad de que tu fe naufrague? ¿De dónde crees que surgen los desviados de la doctrina bíblica y los apóstatas? Son gente que, poco a poco, ignoran la voz de Dios en sus propias conciencias con respecto a cosas que, aparentemente, no son importantes, pero que realmente sí lo son.

La segunda razón por la que debemos luchar para liberarnos de toda esclavitud es porque la libertad es realmente maravillosa. El apóstol Pablo dice: “*Bienaventurado (dichoso) el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba.*” (Ro. 14:22). ¡Ceder de forma persistente a los excesivos deseos del cuerpo, en contra de la voz de la conciencia, implica una vida de miseria! Pero enfrentarse y hacer lo contrario, aprovechar la Ley del Espíritu de Vida interior, y sentir que uno mismo tiene el fruto del dominio propio, doblegando al cuerpo rebelde para que se someta, de modo que ya no sea un maestro, sino un sirviente... ¡Eso sí que es alegría y victoria!

Querido lector, busca esta libertad de la esclavitud de las redes sociales, y disfruta de sus bienaventuradas recompensas.

Equipo Editorial:

Alberto Rabinovici
Andrés Rodríguez
Diana Ramírez
Gerson Lima
Jhair Diaz
Luisa Cruz
Marcelo Vieira
Pablo Moyano
Pablo David Santoyo

Revisión:

Alicia Hernández
Asmiria Pirela
Carolina Vásquez
Marane Almeida
Saskya Barros

Diagramación:

John Jairo Gutiérrez

Distribución:

Héctor Santoyo

El ministerio **TESOROS CRISTIANOS** es sostenido por la gracia de Dios y la mano generosa de aquellos que, siendo beneficiados por nuestro material y apreciándolo, son motivados por el amor del Señor a cooperar voluntariamente con nosotros (Fil. 4:17). Si desea participar en esta gracia puede contactarnos; para nosotros será de gran bendición. . *“Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la Palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros.”* (2 Ts. 3:1).

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia

Suscríbete y recibe las publicaciones de nuestra revista trimestralmente.

Conoce nuestros sitios web:

revista.tesoroscristianos.co

estudiosbiblicos.tesoroscristianos.co

tesoros cristianos.co